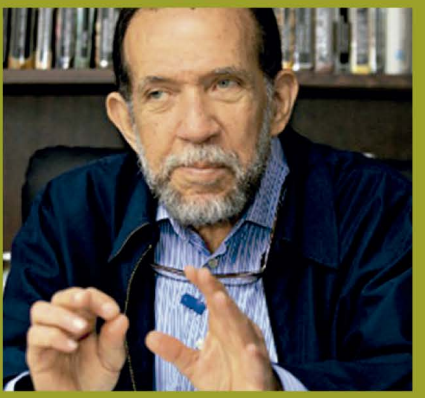


Pie de página

Humberto Mata



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA



Humberto Mata (Delta Amacuro, 1949-Caracas, 2017). Destacado narrador y ensayista, cuyo legado literario germina en los años setenta del siglo pasado. Estudia Matemáticas y Filosofía en la UCV; posteriormente, forma parte de los grupos literarios En Haa y Falso Cuaderno. Colaborador en diarios y revistas, se desempeñó, hasta sus últimos días, como presidente de la Fundación Biblioteca Ayacucho. Ha sido merecedor del extinto Premio Conac de Narrativa en 1978; el Concurso de Cuentos de *El Nacional*, en su edición de 1992, por su relato «Boquerón», y el Premio Municipal de Literatura 2003 por el libro *Boquerón y otros relatos*. Entre su obra sobresalen los títulos: *Imágenes y conductos* (1970); *Distracciones. Antología del relato venezolano 1960-1974* (1974); *Pieles de leopardo* (1978); *Revelaciones a una dama que teje* (2007); los póstumos, *El otro Delta. Antología* (2017) y *Una colina de hojas que respira* (2017), entre otros.

COLECCIÓN CONTINENTES

PIE DE PÁGINA

Humberto Mata

PIE DE PÁGINA

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

1.ª edición en Editorial Troya, 1999
2.ª edición en Fundación Editorial el perro y la rana, 2007
3.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2026

Pie de página
Humberto Mata

Diseño, diagramación y portada
Ennio Tucci

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2026.
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58 212) 485.0444
www.monteavilaeditores.gob.ve

hecho el depósito de ley
depósito legal: DC2026001902
isbn: 978-980-01-2711-7

PRÓLOGO

Pie de página: una pequeña obra maestra

Los lectores de Humberto Mata hemos sabido de su afinidad con la literatura borgiana. «¿Quién de nuestra generación no puede estar influido por Borges?», dijo alguna vez. Mas, en su caso, esta postulación de carácter general amerita una revisión específica. Mata lleva en su destino la impronta de uno de los afinques imaginarios del escritor sureño: la idea del laberinto. Y esto resulta así por haber nacido en una región que también es un laberinto, el Delta del Orinoco. Humberto Mata empieza a escribir bajo la presión de esa dificultad, afirmó sobre él Guillermo Samperio: «… su experiencia vital se había vuelto un tema literario por excelencia para la literatura que ahora identificamos como borgiana. ¿Cómo eludió este destino? De manera paradojal: no huyendo de Borges, sino abrazándolo, atravesando el universo borgiano».

Cabe decir, asimismo, que todo escritor legítimo termina por dar con su propio estilo: así lo anunció Mata en *Pieles de leopardo*, así lo confirmó en *Pie de página*. Este es un libro resbaladizo, huidizo, desbordante y preciso al mismo tiempo; tiene mucho de la personalidad de su autor, sobre la cual conviene decir que cuesta fijar un rostro, al estar revestida de forma permanente por una prolija ironía.

Se trata de un libro que invita a ser adornado por adjetivos como extraño, curioso, local y universal, simultáneamente.

Ya es fama que Robbe-Grillet siempre procuró evitar narrar una historia en sus novelas de corte objetivo; con todo, Barthes demostró que al fondo de las mismas existía anécdota. Mata, siempre fiel a su destino borgiano, ha evitado con inusitada insistencia la novela, y le resultó escribir *Pie de página*, que es una novela, a pesar de que sobre la misma dice que son cuentos, donde la historia global la conforma una suerte de relato policial que debe ser completado por el lector. Nos referimos a un libro donde su autor hizo todo lo posible por administrar elementos narrativos capaces de enmascararlo, en procura de que no se entendiera como una novela, hay que reconocerlo.

Anteriormente asomamos la idea de que Mata es una persona, un escritor revestido de ironía. Y resulta tanto como decir que la acepta y la refleja hacia el mundo en forma de conversación, también de ficción que se vuelve sobre él mismo, al estilo de un *uroboros* cualquiera que termina por arropar al autor. Como diría Ana Nuño: el ser de la poesía, como el de cualquier otro género literario, se confunde con el de su creador. Laberinto e ironía son las cartas de presentación de este escritor venezolano: en vida, en arte, que para él son una y la misma cosa.

La poética de *Pie de página* (hablamos de su estructura, estilo, lenguaje y tema) descansa en esta frase de la novela: «… nada conviene tanto como la contemplación; nada, ser tan discorde como ella. Parece un disparate: convenir y discordar, o disentir, en relación con un mismo acto».

Mata escribe un libro que se desliza en múltiples desviaciones, cual si se tratara de un delta; desvíos y afluencias entre el texto principal y numerosas notas, que al final serán uno y el mismo desarrollo narrativo, una redonda historia

hilada a la perfección. La novela se llama *Pie de página*, la misma abunda en notas a pie de página y hasta nos regala una bibliografía de lujo. Todo ello en un libro de ficción. Se impone, entonces, detenernos un poco en dilucidar esta circunstancia del mismo.

En *Pie de página* hay un voluntario impulso de arrastrar todo (eso lo impone el reino de la conceptualización), también existe la idea de tamizar todo (eso lo impone el imperio de la duda). Y resulta decir que, de este choque de absolutos, quien sale ganando es lo ficticio. Ambición de querer entenderlo todo y duda sobre todo lo que se quiere entender: en esto radica la magia del libro. Por eso mismo, el método de escritura de Mata —llamémoslo así, aquí y ahora— simula imitar el procedimiento kafkiano de avanzar y retroceder. Como si lo narrado sucediera virtualmente y, a su vez, permaneciera detenido en el mismo lugar. No olvidemos que hablamos de un escritor familiarizado con la forma de cómo se mueve un río, es decir, en vaivén. Cabe afirmar, para ser fiel al texto: «… y sin embargo el río, la narración se desplaza».

Reconocemos que en la palabra, en el lenguaje, en el espléndido manejo verbal, se apoya una de las bondades que erige el universo escritural de Humberto Mata. La presente novela se dispersa en afluentes de palabras, en riachuelos verbales, en rebalses de disquisición, que adornan y enriquecen la historia, que también son historias: su libro tiene un arriba y un abajo (arriba el texto principal, abajo múltiples notas): la narración ficticia como tal incluye las dos polaridades.

Pie de página explora una particular manera de reflexión sobre la literatura, al hacerlo desde el borde de la literatura. ¿Qué significa esto exactamente? Significa que existe la concreción de un ansia de diálogo entre dos potencialidades: racionalismo y ficción. Este diálogo se quiebra y, entre líneas, quien implanta un dominio es la sensación, una especie de

instruida sensación, al estilo de un sentimiento que piensa. El libro se escribe desde esta peligrosa zona —peligrosa por incontrolable, mientras la novela de Mata resulta ser riesgosamente precisa y exacta—, pretendiendo desestimar las antedichas potencialidades.

En *Pie de página*, Mata nos propone el asiduo deseo de dilucidar la génesis del acto ficticio, la génesis de las acciones humanas, la génesis de la pasión amorosa de forma especial y, si de énfasis se trata, que lleva a dos personas a mezclarse en el abrupto y sutil, al mismo tiempo, acto sexual. Lo anterior se mueve como un instinto en la mente del narrador, mientras el libro empieza a desarrollarse en vaivenes, mientras el mismo se construye o diluye, valen los dos verbos, en una suerte de libro de agua. ¿Casual similitud con *El libro de arena*?

Lo dicho hasta ahora sobre *Pie de página* anuncia como algo lógico (o en el libro se instaura su arquitectura precisamente debido a eso) el peculiar tratamiento que Mata nos ofrece sobre la conformación del narrador; este se asienta invariablemente en la primera y en la tercera personas gramaticales. Eso resulta posible en vista de que Humberto Mata —o el narrador— es de esos escritores que cuando cuentan tienden a simular excesiva humildad. Al pasar de la primera persona a la tercera para, a su vez, buscar minimizar al narrador, y hasta anularlo (tal sucede al establecer una especie de simbiosis con uno de los personajes de la novela), anular su poder omnisciente, como si ese mismo narrador se avergonzara de su ínclita omnisciencia. Le gusta la idea de que el mismo —él mismo— proclame su nulidad, a sabiendas de que cual Dios, y solo como Dios, tiene la capacidad de dominarlo todo en el universo de la obra ficticia. El narrador se comporta, entonces, al igual que un personaje más del libro, se entromete en la trama, sin forzar el

código de la ficción, reflexiona acerca de sí mismo en aras de propalar sus limitaciones y alcances; vale decir, de desplegar en el texto una carga de ironía, una explosiva carga de ironía, prójima de esta frase de la novela ansiosa de explicar el encuentro del Orinoco y el Atlántico: el río y el mar, aturdidos, víctimas acaso de una sorpresa eterna.

Mata alumbra gran parte de su impreso con una feliz ocurrencia: lo que sucede en el mismo es entresacado imaginariamente de un cuadro, que también adquiere dimensión de cofre, renacentista: la *Venus de Urbino*. Cabría imaginar un homenaje más a Borges. Tal sucede si acoplamos una similitud con el famoso *aleph* imaginario del maestro argentino, allí precisamente donde se refugia el universo, que a su vez es entresacado parcialmente para alimentar el relato homónimo.

A este escritor lo domina, en su literatura, un ansia de construcción, de estructura, lo cual también es típico, en nuestro país, de aquellos autores que comenzaron a escribir a partir de los años setenta; una generación que proclama la necesidad de estudio y crítica. Y ya que nos detenemos a clamar en el desierto, es justo decir que los años noventa acabaron por adquirir el estigma de ser llamados la década de los manuscritos engavetados, por falta de capacidad editorial entre nosotros.

Humberto Mata ha escrito un libro espléndido, una novela que trata de no ser una novela, un texto con propuestas novedosas, una pequeña obra maestra.

SAEL IBÁÑEZ

A Sandra Pinardi
A Mar

Puedo prometer que no diré nada falso. Pero no querré decirlo todo. Me reservo el derecho de mentir por omisión. A menos que cambie de idea.

GIUSEPPE TOMASI DI LAMPEDUSA,
Recuerdos de infancia

1

De algunos problemas relacionados con el inicio

En todo caso, ¿cómo y cuándo comienza algo? Pregunto: narrador apenas y movedizo, si estoy capacitado para iniciar cualquier cosa: un cuento, vario y extenso; una noveleta, precario nombre; jamás, una novela; siempre, algo menos, igual de o más nítido que lo que usted supone es literatura —y aun es narración: eso de lo que nadie parece estar a salvo—; algo que trate posiblemente sobre dos personas y que desde ellas intente urdir lo que puedan experimentar no solo las dos, lo que ya es excesivo, sino otras también en todos los momentos y lugares finitos en que les toque vivir y la historia, esta historia, las roce. (Podría usar o agregar el quizá, pero con el intentar basta. También es cierto que solo con arrojo lograría cumplir una empresa tan pretenciosa). Sé que la ambición es desmedida, que acaso logre o no esa obra; sé —ya ustedes saben— que por lo tanto puedo iniciarla sin compromisos, como quien se quita las medias o los calzoncillos, como quien da un beso de despedida. Como quien abraza a un ser querido o maltrata sin propósito ni razón a otro; como quien asesina y da la vida; como quien roba, viola y es violado; sangra al acompañante, desafía al impostor, suplica al tirano,

se arrodilla ante el más infame de todos los seres y delata sin pudor al mejor de los amigos.

Lo que trato de hacer comprensible es mi perfecto desconcierto ante una tarea que me impuse, si acaso me la impuse, con la inevitable advertencia a quienes desde ya puedan olfatear un cierto aroma a cuestión autoexplicativa o a ensimismamiento y una vindicación de esa manera de decir que se muere por darse a comprender, por disculparse cuando nadie lo pide ni lo necesita; con la advertencia a esos que pierden hojas y horas tratando de explicar lo que todos conocen (si ello es posible), de que cuanto escriba no será una defensa de la literatura que reflexiona sobre ella misma, del problema que se hace él mismo problema, de la preocupación que toma el lugar que debería ser ocupado por la ocupación, porque como ya advertí, lo que diga en estas páginas pudiera estar en un margen, o en el centro, de aquello que algunos han propuesto llamar literatura, sin importar para nada los límites de esa proposición, las verdades o mentiras que pueda contener ni las limitaciones de mis verdades y de mis mentiras.

Esta caminata me ha desviado. El asunto, ya lo sabemos, es comenzar: cuándo y dónde comenzar; y como estamos viendo, no es un asunto sencillo. Tomé una astuta vía en apariencia: comienzo porque no tengo compromisos (¿quién no los tiene?) y acaso logre aquello que como ambición, dije, es desmedido (¿qué medidas tiene la ambición?); y entonces, eterno círculo, el temor a los estudios rigurosos me hizo cavilar y me llevó a decir que tal vez lo que haga no sea literatura (estabas mintiendo, ¿verdad?) y que en consecuencia acaso mis páginas no merezcan ser vistas desde una óptica literaria ni ser explicadas desde teoría alguna[1]. No es vanidad

[1] Sin embargo, el narrador siempre verá desde otro tiempo, todo será pasado para él: algo que le han dicho o que supone. Cuanto diga

de mi parte, le aseguro. No es autosuficiencia. Lo que haré es algo que tiene la capacidad de causarme temor, mas esto no implica que merezca lástima o deba ser tratado con consideración. Quiero ser medido con la misma regla con que medirían a cualquier bribón, con igual rigor del que aplicarían al más ilustre en su especialidad, con la misma miseria que lucirían para destruir lo soberbio y con idéntica precipitación a la que darían uso para tratar una obra que, como la que iniciaré, no contendrá nada ajeno a lo que pueda sucederle a cualquiera ni algo tan excepcional que no logre comprender aquel que nada sabe, quizá, pero que todo lo conoce a través del contacto: la mano sobre la piel, el pene rozando las nalgas, los pezones erectos, la lengua como látigo de culebra ansiosa…

Revisemos. Todo puede ser formulado como un problema que tiene que ver con el inicio. No es vano asegurar que según sea el inicio, cuanto mayor o menor sea su validez, o cuanto más o menos convenga, así será el transcurso de aquello iniciado y así el final, si llega a acontecer como tal, es decir, si el inicio le da oportunidad. Dudas, nuevamente. ¿Cuándo, dónde comienza algo? Una historia, un dolor, cualquier movimiento, ¿cuándo y dónde se inician? Una carrera, que es obra, ¿comienza en la línea de partida y cuando el juez da la indicación para iniciarla…? Tal vez no. Esa línea demarcadora y la señal del juez pueden ser movedizas y estar acá o allá; nadie en realidad sabría ubicarlas, aunque una manera, pobre, escasa e insólita manera de acercarse a ellas, sería buscarlas, retroceder en el tiempo, invertir la fecha, desinflarse de vida. ¿Cuánto tiempo hacia atrás? ¿Unos días, unos meses, uno o

---

nunca podrá ser algo en suceso o en vivencia, algo existente. Todo habrá de ser un cuento, o un manojo de ellos tal vez, a pesar de todas las advertencias.

varios años? ¿Hasta el momento en que el corredor (artífice) decide participar en la carrera, o antes? El comienzo de esa carrera será siempre anterior. Alguien puede decir (y tal vez no miente) que el comienzo es tan lejano, tan antes de…, que nadie ni nada que pertenezca a la categoría humano puede fijarlo. Acaso la carrera comienza con el nacimiento del corredor. Acaso en el coito de los padres está la carrera. Si la esperma y el óvulo llevaban la indicación competitiva, los padres de los padres ya la llevaban como posibilidad; y si así estaba en ellos, estaba también así en sus madres y padres; y de allí hacia atrás constantemente, de suerte que este corredor, este que piensa haber tomado la decisión de su vida y cree que ahora, más que nunca ahora, por libre iniciativa, sin que nadie lo atice y sin preguntar a nadie, participa en la carrera, este corredor (o artífice) habrá comenzado la competencia siglos antes de nacer, combinaciones tras combinaciones hasta llegar a un esperma y a un óvulo adecuados para un hacer algo previsto tal vez en el inicio de la conciencia, y acaso antes, en la masa fecunda de lo inconsciente, en el todo que apenas comienza con las diferencias, en el segundo imposible de las particularidades, en ese momento en que ya existes aunque falten miles de generaciones para que nazcas, en que te preparas para una partida en un futuro ni siquiera imaginado y ansías el comienzo de una carrera-obra aún carente de músculos, y esperas la señal de un juez aún vacío de conciencia, y ubicas la línea demarcadora, ausente todavía de vista y de tacto, solo futuro aún, y ni siquiera eso: nada y acaso menos que nada, pero todo también: ya corredor obrante, ya preparado, ya hombre pendiente de la señal: los pies en posición, las manos listas, la mente dispuesta.

Ese comienzo puede ser falso; su veracidad implicaría el ser de una inteligencia desmedida —e inescrupulosa— dedicada a cumplir nimiedades: alguien, dentro de tantos siglos,

iniciará una carrera (u obra), en tal lugar y a tal hora; para que ello ocurra, debe cumplirse en este y en aquella, en un día que es exactamente el que se va a indicar y a la hora o al minuto tal, la unión que concluirá en orgasmo en un lapso comprendido entre los minutos tales y tales, y que servirá de inicio a todas las combinaciones necesarias para que dentro de tantos siglos y a una hora que no será cualquiera nazca ese alguien apto para la tarea premeditada. ¿Ganará o perderá? ¿Llegará con el mensaje, si de eso se tratase? Ese asunto es otro. De la decisión que tome aquella inteligencia dependerá en buena medida el éxito de la empresa. ¡Qué estúpida pérdida de tiempo! Pero quizá no haya otra salida… Mas si todo está determinado, si aquel lejano «Tal vez no», que siguió a la pregunta sobre el punto y momento de inicio de una hipotética carrera, encierra realidad, ¿qué podemos decir entonces del expansible caos, fuente al parecer de eso que suelen llamar independencia; aunque esta, al tener fundamento, tiene, en alguna medida, dependencia?[2].

Conclusión. Con todas las dudas, un día cualquiera iniciaré esta obra. Un día cualquiera… ¿Hoy…? Por supuesto, hoy. Parte ya, corredor; comienza de una vez la carrera, construye tu mensaje, corre con él… Solo te advierto esto: nada de cuanto ocurra podrás evitarlo y el vínculo que te unirá con quienes indiques como protagonistas, así como mucho dará, mucho podrá ocultar: y en lugar de obra ficticia basada en realidades, tal vez coseches realidades basadas en ficciones.

---

[2] «… los sistemas caóticos son la fuente de la independencia práctica (cabría decir: infinitamente práctica) de las cosas que desordena el mundo y lo transforma en un sitio de continuas oportunidades» (Dennett).

2

Una experiencia naval de Tido Freites

El origen será siempre desconocido, aunque puedas decir tu lugar de nacimiento, tu sitio de procedencia, las amistades de tu niñez y juventud, la gente que frecuentaste, los sitios que conociste. Hay un vacío fundamental que atraviesa la vida y que jamás te abandona. Por eso es normal que pocos sean aptos para dar noticias sobre alguien; y en ocasiones, que contadas serían muchas, que ni siquiera ese alguien sea capaz de hacerlo, o vea razón alguna para ello; de suerte que esa persona, hasta ahora imaginaria, o acaso imaginaria siempre, pudiera formar parte de un grupo restringido, tal vez inexistente pero necesario, cuya mayor característica —o firmeza— sería la ausencia, la inabordable ausencia: lagunas tras lagunas de silencios, paréntesis tras paréntesis de algo que, para darle nombre, llamaremos vida. Quizá Tido Freites perteneció a ese grupo. Acaso con el tiempo y las lecturas, compartan el quizá.

Años después de haber sido tomado por las aguas en 1892, el Delta nuevamente optó por esconderse bajo el Orinoco. En el año en que eso ocurrió, en un mes que no puedo definir pero que no es cualquiera, como tampoco lo es el día, Tido Freites llegó a Tucupita, en su curiara, navegando por un rebalse. Puedo decir 1943: y así la fecha está

definida. La inundación del 43. ¿Quién no ha hablado de ella? ¿Quién no ha escuchado las historias? ¿Quién no tuvo un pariente, lejano o cercano, que haya desaparecido o perdido todo durante esa inundación? ¿Quién no recuerda, por experiencia o cuento, pueblos que fueron, islas que ya no están, caños que cambiaron de cauce? Todas las historias que determinan tanto, así como la fecha que atrapa a la memoria sin escapes ni dudas, como un insecto a otro, pudieran sin embargo carecer de importancia para esta parte de la historia, la cual, como verán, no sobrepasará el escuálido anuncio de un posible paisaje y el juego exagerado con los movimientos y con algunas cosas nada parcas: solo las asomo con la finalidad de facilitar la tarea que se avecina, y en realidad para regodearme y demostrar sin petulancia mi perfecto conocimiento sobre la materia[3].

[3] Algo más de veinte años después de la inundación que me ocupa, los rebalses serían alejados de Tucupita tal vez para siempre, aunque sugiero no perder las esperanzas. La desmedida invasión al Delta que llevó a cabo la Corporación Venezolana de Guayana, durante el gobierno de Raúl Leoni, dispuso la puesta en práctica de un muro de contención de las aguas, de un cierre del caño Manamo, de unas compuertas, de una carretera que permitiera llegar a Tucupita por vía terrestre, lo que era imposible antes; pero dispuso también, como consecuencia de una abstrusa planificación, del olvido o del qué importa, apenas son indios, la muerte de miles de indígenas warao —exiliados de sus tierras y de su medio, ajenos a toda la ferviente autosuficiencia destructiva del criollo—, así como el daño al medio ambiente (ecocidio, en la práctica actual) más formidable que recordemos, la disminución del caño Manamo a nivel de charco (aún inmenso, para quienes no lo vieron cuando tenía vida) y la transformación de grandes extensiones de tierras fértiles y anegadizas en arenales salinizados. El buen sentido era suficiente para prever algunas consecuencias. Si cortaban el río, disminuían su caudal y hacían menos potente su corriente; entonces necesariamente el mar terminaría ganando la batalla milenaria que mantenía con él en las desembocaduras. Y el mar en efecto ganó. Colombo, para hallar hoy «el agua muy dulce, en tanta cantidad,

Tido llegó, como anuncié, por un rebalse, ubicado detrás del caño Manamo, canaleteando en su curiara, y dio varias vueltas alrededor de la plaza Bolívar; canaleteando, unas

---

como yo jamás bevíla pareja d'ella», como lo hizo cuando, asombrado, supuso la existencia de un gran río y de unas tierras prodigiosas al pasar hace siglos cerca del Delta, tendría que adentrarse tanto en este, hoy, si el calado de su carabela fuera propicio para la escasa profundidad de las desembocaduras y de los caños, que llegaría a regiones cercanas a Tucupita, situada a kilómetros del comienzo del mar. Muchos piensan que una poderosa razón económica (permitir la navegación todo el año por ciertas partes, el caño Macareo y el Río Grande, de barcos de gran calado llenos de hierro) motivó la construcción del cierre. ¿Cuántas vidas, cuánta destrucción vale un barco con hierro? Pienso —y también lo piensa la termodinámica— que toda ganancia supone una pérdida. Pienso que todo lo que es forzado a torcer su curso normal, regresa a él, tarde o temprano. Sería interesante comprobar cuánta ganancia y cuánta pérdida produjeron y producen el cierre del caño Manamo. Por mi parte, creo que la pérdida supera a la ganancia. El funcionamiento normal de un Delta (las nada sorpresivas crecidas anuales de sus caños) constituye una condición indispensable para la fertilidad de las tierras. Las crecidas del Orinoco causaban en el Delta pérdidas materiales, sin duda, e inclusive algunas muertes; pero ellas podían evitarse con simples medidas de prevención, o en última o primera instancia, si era imposible evitarlas, ellas podían y debían ser tomadas como el indispensable sacrificio solicitado por el río para dar la fertilidad.

He añorado el Manamo de ayer, el río que jamás vio Colombo pero que yo sí vi. He soñado con una venganza natural definitiva. He visto ceder el muro ante el ímpetu de las aguas. He rogado por aquel río que, frente a Tucupita, crecía día tras día, bello, poderoso y terrible, como un dios.

Muchas veces complotar es saludable. Cierta cantidad de explosivos, distribuidos en puntos claves de las compuertas, podrían ayudar al río para que retome su cauce natural, cobrando lo que es suyo. Convoco a expertos en explosivos para estudiar el caso y ponerlo en práctica. Una noche de poca luz, unas botellas de aguardiente para suavizar a los guardianes de las compuertas, dos o tres hombres distribuyendo las cargas, la explosión, la gran explosión por la naturaleza. Piénsenlo. Sería una acción en favor del mundo. Una explosión amorosa para salvar el Delta.

veces por la derecha, otras por la izquierda de la embarcación. Tido Freites conoció por experiencia lo que digo con palabras; quizá alguna vez fue consciente de que de no haber llegado por el rebalse sino por el caño Manamo[4], tal vez hubiera visto entonces a una mujer que luego sería su compañera, cuando ya otra muerte[5] había demacrado para siempre el ánimo de ella y una edad, que puede ser juzgada como adulta, frecuentaba al navegante. Pero esa historia le corresponde a otro fragmento: la historia de Cancia Bartolomé, quise decir. Tido Freites, hasta donde sé, me pertenece, es decir, está dentro de mí y yo soy él —o algo así por el estilo—. Ahora está dudando, porque dudo o porque el insospechable paisaje arremete contra sus sentidos. Entonces, por momentos, pareciera incapaz de dominar la embarcación, aunque todos deben entender que es un perfecto piloto, un digno descendiente de los más hábiles ordenadores de curiara que ha conocido la historia, exceptuando los indios warao. Si supieran cómo se desliza entre las olas cuando está en caño abierto. Si imaginaran con qué sobriedad elude los mosures o corta la niebla que le impide ver, en las frescas mañanas deltanas. Libre ahora yo de dudas y repuesto Tido

---

4 Mánamo, dice el criollo, seducido por el sonido esdrújulo. El warao dice Manamo, solicitando apenas un ligero énfasis en la segunda sílaba. La palabra es de origen warao. Dicen que Tido vino desde caño Macareo, es decir, que navegó por el Delta superior: laberinto de caños de los cuales Pedernales, Cocuina, Manamito, Tucupita, Bagre y Wara son los principales. ¿Qué caño tomó el hombre para entrar en los rebalses? Tal vez ninguno de los principales. Sobran, sobran los caños que pudo tomar, los mosures que logró eludir, los gavilanes y las culebras que intentaron mancillar su navegación. Sobran el silencio más prolongado del mundo y los paisajes siempre inéditos: uno y otros del Delta.

5 La expresión «otra muerte» implica la existencia de al menos una anterior. Por ahora mencionaré la otra y nada diré de la anterior, si fue una, o de las anteriores, si varias fueron.

del gran asombro, gobierna otra vez con sabiduría, con seguridad, la curiara, porque como saben conoce su oficio: y en eso me supera.

El agua rebalsada, el agua desplazada por el canalete, cae en las manos de Tido Freites, golpea en sus brazos, moja sus pantalones y camisa. A veces, cuando se descuida (el espectáculo es soberbio; imagínenlo, pongan un poco de su parte: el hombre, llegado de algún sitio desconocido [¿una casa blanca, cerca del caño Macareo?] está con su curiara en la plaza Bolívar: y no es descabellado suponer que cierta calentura[6] impregne su cuerpo); a veces, dije, el agua puede mojar

---

[6] La velocidad con que cambia eso que suelen llamar conocimientos científicos, deja perplejo al ciudadano común: y no pocas madres han sufrido ataques de histeria por no poder determinar si su niño tiene fiebre y menos aún qué medidas tomar, si acaso llegan a concluir que en efecto tiene.

Hace algunos años, 37 ºC era señal de fiebre, en cualquier caso. Luego se llegó a la conclusión de que si la persona estaba en cama, 37 ºC indicaba fiebre; y que si luego de una actividad moderada, el termómetro marcaba en ella 37,2 ºC, también señalaba fiebre. Después se concluyó que de 35 ºC a 37,5 ºC, la temperatura de cierto homeotermo era normal; es decir, que usted no tenía fiebre en ninguno de los casos anteriores. Más tarde, investigaciones precisas determinaron nuevos límites para la temperatura corporal normal: 36,5 ºC (límite inferior), 37,2 a 37,5 ºC (límites superiores). Hace algunos años la persona con fiebre era cobijada para que la sudara. Luego fue tomada la medida de bañarla con agua y alcohol para bajar la fiebre. Después, alguien llegó a la conclusión de que tanto cobijarla como bañarla, sobre todo con alcohol disuelto en agua, constituían procedimientos inadecuados y hasta dañinos. Hoy, al parecer, la recomendación es no hacer nada, salvo en casos extremos. ¿Cuál es un caso extremo? ¡38, 39, 40 ºC! Puedo imaginar la indignación que sentirán generaciones enteras, por haber sufrido tratamientos que hoy se consideran inadecuados; y, sobre todo, por haber perdido en la cama o en el baño ahora prohibido, el precioso tiempo del juego y del amor. Fiebre, y al parecer todos están de acuerdo en este punto, es una elevación regulada de la temperatura corporal, como respuesta a un estímulo pirogénico exógeno. Supongo,

su rostro. Pero ello ocurre en contadas ocasiones. Tido quiere seguir, quiere llegar hasta la calle y el caño Manamo, hasta el frente del pueblo; pero esa calle es la única que no está anegada; a ella, por consiguiente, no podrá llegar. Tido, ya sabemos, vino por el rebalse, vino por detrás, como quien aparece sin querer ser visto: y ello, también sabemos, le impidió conocer entonces a Cancia Bartolomé, que con pasión esperaba a otro hombre, en su casa de la calle Manamo, sentada tranquila en un sillón, a pesar de la enorme crecida del Orinoco.

Carece de importancia en esta ocasión, pero esa crecida dejó a Cancia sin hombre para siempre, aunque antes y luego de ella tuvo muchos, a los que se entregó sin frenos ni pudor (piel libre para el roce sensual, boca urgida de todo, cuerpo dispuesto a las experiencias límites), pero a los que nunca logró o quiso amar. Y si es cierto que con uno de ellos tuvo una unión que podríamos denominar como

---

solo supongo, que una vieja hepatitis podría no ser tal cosa hoy, y que aquella desmielinización en la base encefálica, sufrida por su sobrino hace treinta años y que le obsequió el cráneo serruchado, sería en nuestros días una virosis inofensiva. Agrego que la palabra calentura, en esta explicación, apunta a la existencia de pirógenos endógenos que bloquean las neuronas encargadas de la pérdida de calor, con el consecuente estímulo de la producción calórica. Todo esto, claro está, debido a una punzada pirogénica exógena (el insólito paisaje, en este caso). Si su niño tiene 37,3 ºC, en este preciso momento, puede estar dentro de los parámetros normales, puede tener fiebre, puede necesitar de su ayuda sin demasiada prisa o debe llevarlo a una clínica cuanto antes. No recurra al famoso e indispensable libro *Medicina interna*, de Kelley. Su información siempre resulta anticuada. Quebranto o desconsuelo, usan también para indicar lo que señalé como calentura. El estímulo pirogénico exógeno, en esos casos, tendría que ser distinto. Pueden estar seguros, hasta donde sé, que 23 ºC es la temperatura corporal crítica para una persona desnuda. Allí comienzan los escalofríos. ¿Cuántos, cuántos escalofríos habrá experimentado Cancia Bartolomé?

duradera[7], también es verdad que esa unión fue a la larga más un soportar compartido, sufrido y luego despreciado y aun vengado, que una vida en común. Pero ese tal vez no sea un tema para tratar en este momento ni en este nivel, expresión por demás redundante, pues cada nivel es otro momento. Ahora Tido se regodea en la curiara. Qué más puede desear un hombre (sin admiración). Está donde nadie ha estado; al menos de la manera en que él está. Ve lo que nadie ha visto y quizá no podrá ver jamás; al menos de la manera en que lo está viendo él. Cuando se descuida, en contadas ocasiones, el agua del rebalse baña su rostro. Pero eso en realidad no sucede por descuido, sino porque otro, es decir yo, si les parece, si no fue exagerado decir que yo soy él, supone tomar el mando de la curiara pero carece de la experiencia necesaria para gobernarla. Un manejo inadecuado del canalete lleva la curiara a cualquier parte: como si quien la gobernara no supiera ese oficio, como si quien sumergiera el canalete en las aguas careciera de la sutileza necesaria para dejarlas pasar sin molestarlas; sutileza que implica, para la fiel curiara, ayudarla solo a deslizarse y hacerle creer que por propia voluntad —y no por los movimientos del canalete, manejado esta vez por Tido el experto— lo hace, ligera, alrededor de la plaza Bolívar. Eso es preciso conocerlo. Nadie, ni siquiera yo —y menos Tido Freites— puede desconocer ciertas caricias

---

7 ¿Qué quiere decir, exactamente, duradera? ¿Estamos hablando de un año, cuando usamos tal expresión, o acaso de un mes o de tres días? Por otra parte, en este caso particular, ¿duradera tiene algo que ver con la moral?

**Se unieron y se destrozaron en Tucupita. Pero esa es una historia posterior. La primera habla de pasión, de los dos rigurosamente cercanos, de ella esperándolo desnuda, en la cama, en el sofá, en cualquier sitio de la casa. La primera supone la envidia del pueblo ante una relación tan vigorosa que impedía toda fisura y ni siquiera daba pie para imaginarla. Él llega. Ella está desnuda…*

cercanas al amor de las que gustan las curiaras, sobre todo si como ahora se acerca el atardecer y el rojo comienza a apoderarse de la ciudad semisumergida: su plaza Bolívar bajo las aguas, sus calles con aspecto de caños, sus casas con el agua recostada de las paredes. Solo seca, para felicidad o tristeza de Cancia Bartolomé y de Tido Freites, la calle Manamo frente al caño. Eso que ocurrió en la fecha ya sugerida es comentado en este momento por quien, víctima otra vez de la duda, deja llevarse por la experiencia de Tido Freites, le permite asumir el texto como acontecimiento para que anuncie que pronto volverá a las aguas, volverá al Manamo; regresará, en un futuro que por serle anterior no le pertenece al que quiere narrar, regresará a Cancia: la para siempre bella (sus piernas firmes y bien moldeadas; sus nalgas duras, dulcemente aprehensibles[8]), la para siempre viuda Cancia Bartolomé.

---

[8] No haré un tratado sobre los distintos modelos y formas de uso que se estilan para esa prenda interior que cubre y/o descubre los glúteos femeninos. Entiendo que dicen tanto de las usuarias, como las maneras de caminar, mover las caderas cuando ven a un hombre que les interesa o hablar cuando pretenden ser secas o subyugantes. Algunas mujeres desean lucir sus pantaletas, dejar constancia de cómo son, hasta dónde tapan, qué supuestas o verdaderas delicias esconden con orgullo y desdén. Entre ellas, hay las que tienen un estilo elegante de lucimiento y las que practican el mal gusto. Ello se debe no solo al modelo de la pantaleta; también al modelo del glúteo. Una pantaleta breve, con color adecuado a las ropas, que apenas cubra la mitad de las nalgas, en una persona delgada y con glúteo necesario, luce fascinante. Igual pantaleta, en nalgas que aplauden o se bambolean —y en personas gordas—, es cuando menos un desastre. El famoso —e impulcro— hilo dental, destroza sin piedad las nalgas carentes de firmeza, pero lleva hasta la gloria al glúteo firme; y es perfecta, si ese glúteo va acompañado por un abdomen fino o sin excesos. Usado con estilo combinatorio y arte seductor, puede inducir al deseo, a lo que desea la usuaria, aun cuando esta posea voluminoso abdomen. Y si hablamos de la cuello tortuga y manga ranglán, debemos afirmar que es una delicia vista al trasluz de ciertos pantalones, faldas y vestidos ceñidos,

El hombre que no llegó, aquel que Cancia tanto esperaba es importante, acaso por su ausencia[9]. También lo es Tido Freites, esperado por Cancia en su casa de la calle Manamo. Y digo esperado por Cancia, aunque hablo de Tido Freites y no del hombre que en apariencia ella aguardaba, sentada en su sillón: el corazón lleno de gozo, el amor desbordando su continente; y digo así, porque cuando el que es esperado jamás llega, por la razón que sea, otro en realidad, para bien o para mal, es el esperado y es el que llega. Entonces, Tido, no tuvo importancia que no hayas arribado en aquella fecha a la calle Manamo: siempre ibas a llegar a Cancia; ni tarde ni temprano, justo en el momento adecuado para el gran desastre, es decir, cuando ninguno de los dos tuviera acaso escapatoria: tú, porque habrías abandonado a la única mujer que quizá pudo hacerte feliz; ella, porque dos muertes[10]

---

siempre y cuando los contenidos sean meritorios. Todo, en definitiva, querida amiga, es una cuestión de buen gusto y de sentido común. No todo lo que se muestra es mostrado bien, en realidad; ni todo lo que es mostrado debe ser mostrado, en realidad. Cancia Bartolomé, para qué negarlo, conocía sus límites y aprovechaba, para su bien, ciertas imprecisiones corporales, aun cuando en su juventud no se recomendara tanto lucimiento ni fuera tan variado el menú de posibilidades.

9 La importancia de la cosmogonía de Anaximandro, según Cornford, «no estriba tanto en lo que contiene como en lo que omite». La importancia del hombre cuyo nombre siempre desconocí, no estriba tanto en su presencia como en su ausencia. Si hubiera llegado, de hecho, esta historia no existiría —o sería la misma, siendo otra—. Entonces, omitir puede ser importante. Sospecho que esta nota tendría más pertinencia referida a historias que no han sido contadas: la de Mudolo o la del hombre ausente. Tómela, en todo caso, como un asomo indigno de olvidar.

10 Aclaratoria numérica. Ver la nota 5.
**Cuando él la vio por vez primera ella tenía una falda blanca, casi transparente, que no disimulaba la fortaleza de sus piernas ni el suave abultamiento de su abdomen. Ella puso su mano derecha en la frente, para formar una visera y proteger sus ojos del sol que venía del río. Vio al hombre en*

acuñadas en el corazón le harían buscar para siempre lo inencontrable.

Si dije que Tido no tuvo pasado, quise decir que no conocemos el lugar de su procedencia —ustedes saben—. Pero hace un momento hablé de abandono, y entonces necesito aclarar que Tido llegó a la plaza Bolívar antes de que esa acción tuviera lugar: quizá, si exigen mucho, durante los tiempos en que aún gustaba —o empezaba a gustar— el cuerpo, la sonrisa, el esplendor de la mujer que pronto abandonó. Y como he llegado al límite, a la calle Manamo, nada mejor que relajarme, tocar las aguas con las manos, tocar las aguas, bañar mi rostro (el de Tido) con ellas, con su azarosa turbiedad, meternos en ellas, como en una vagina ilimitada, para gozar el gran contacto, el orgasmo final.

Tido Freites se aleja en su curiara, se pierde en los rebalses, besando casi, con un roce sensual del canalete, ya en algún caño marginal, la flor de la bora.

---

la curiara, con su porte varonil y su sombrero. No pudo evitar dirigir la mirada hacia la bragueta.

3

La otra vida de Tido

Vacío inmenso, soledad, indefensión: como meterse en Boca Grande[11] o ir desde Piacoa hasta Barrancas a canalete; como estar en medio del río, allí, solo con las olas y con los mosures. Cada ribera, cada asidero, cada malecón, lejanos, apenas perceptibles. Me creí dispuesto a tareas mejores; supuse que mi formación meticulosa y mi ansia por el regreso de los dioses[12]

---

11 El Delta está limitado por el caño Manamo, al norte, y por Boca Grande o de Navíos, al sur. El Delta inferior, o Bajo Delta, se extiende desde el caño Macareo, que comienza en San Rafael de Barrancas, hasta Boca Grande, estuario de 28 km de ancho. En él se encuentran, entre otros, los caños Arawaito, Arawuao, Sacupana y Río Grande, que llegan hasta el océano. Al sur de Boca Grande están los brazos Imataca, Piacoa y Basamo. El Alto Delta está ubicado entre los caños Macareo y Manamo. El vértice del Delta está entre Piacoa y San Rafael de Barrancas. Allí el río tiene 22 km de ancho. Pronto verán un boceto textual de una casa encalada, a orillas del Macareo.

12 La estética y la paz del espíritu merecen la creencia en el politeísmo. Unos ejemplos bastan:

Cuando uno de ellos pasaba por la plaza
de Seleucia, hacia la hora del atardecer,
bajo la forma de un adolescente alto y perfectamente bello,
con sus negros cabellos perfumados,
los transeúntes lo miraban
y se preguntaban unos a otros si lo conocían,

me daría algún privilegio: algo firme que me sirviera de soporte, un ayer menos nublado, un nombre siquiera, un lugar todavía existente. Pero el Delta es así: borra lo que ha formado;

---

si era griego de Siria o extranjero. Pero algunos,
que observaban con mayor atención,
comprendían y se apartaban;
y mientras se alejaba bajo los pórticos,
por entre las sombras y las luces de la tarde,
hacia el barrio que vive solamente de noche,
con orgías y corrupciones
y todo tipo de lascivia y ebriedad,
pensaban como en un sueño en cuál de Ellos podría ser
y para qué sospechoso placer
había bajado hasta las calles de Seleucia
desde las Veneradas y Augustas Moradas.
(Cavafis, «Uno de sus dioses»)

«Mira —decía Ochwiä Biano— lo crueles que parecen los blancos. Sus labios son finos, su nariz puntiaguda, sus rostros los desfiguran y surcan las arrugas, sus ojos tienen duro mirar, siempre buscan algo. ¿Qué buscan? Los blancos quieren siempre algo, están inquietos y desasosegados. No sabemos lo que quieren. No les comprendemos. Creemos que están locos».
Le pregunté por qué creía que todos los blancos están locos.
Me respondió: «Dicen que piensan con la cabeza».
«¡Pues claro! ¿Con qué piensas tú?», le pregunté.
«Nosotros pensamos aquí», dijo señalando su corazón. Quedé sumido en largas reflexiones. Por vez primera en mi vida, me pareció que alguien me había trazado un retrato del auténtico hombre blanco. […] Sentí nacer en mí como una niebla difusa, algo desconocido y, sin embargo, entrañablemente íntimo. Y de esta nebulosa iban surgiendo, imagen tras imagen, primero legiones romanas, tal como irrumpieron en las ciudades de la Galia… Entonces vi a Agustín cómo predicaba el credo cristiano a los británicos a punta de lanzas romanas… A continuación venían Colón, Cortés y los demás conquistadores que con el fuego y la espada, la tortura y hasta con el cristianismo aterrorizaron a estos pueblos remotos, que soñaban apaciblemente al sol, su padre. Vi también la despoblación de Oceanía mediante las ropas infectadas de escarlatina, el aguardiente y la sífilis.

forma constantemente; y yo, ciudadano del Delta, al menos como ficción lejana (o lejos de ficción), debo acomodarme a sus maneras. Envidio al otro, si existe otro narrador y yo soy narrador; envidio al que tiene tanto que le basta con alargar las manos para tomar cuanto desee. Envidio de verdad al que tenga que hablar de Cancia Bartolomé: conoce o supone sus gustos; sabe de sus posibles debilidades; ha leído sobre las augustas formas que la acompañaron; tiene, en fin, un boceto de Cancia a partir del cual podrá —si lo acompaña el arte, como me acompañaría a mí si llego a ser el narrador de una de sus historias— darle forma casi definitiva, apuntar con audacia sus giros, revelar con puntualidad los instantes claves de su existencia. ¿Qué tengo en cambio yo? Nada o casi nada. Mi soledad es irremediable; mi temor sostenido; mi desconsuelo firme… pero pensándolo mejor, ¿no lo aventajo o me aventajo acaso?, ¿no tengo libre todo el campo para sembrar en él lo que desee, mientras que el otro, el que deba hablar sobre Cancia cuando le corresponda, tiene ya sembradas ciertas semillas que inevitablemente deberá cuidar para que fertilicen y obtener con ellas la mejor cosecha, tantalíceas manzanas quizás?

Tido Freites, antes de la navegación por la plaza Bolívar[13], e incluso luego de internarse en algún caño, es un enigma para todos. Después de esta historia que es, como sospecharán,

---

(Fragmentos de una conversación de C. G. Jung con Ochwiä Biano [«Lago de Montaña»], cacique del pueblo Tao, Nuevo México).
Hay un sentimiento ajeno de dios, un sentido olvidado de lo que significa esa expresión. ¿Por qué no decir, otra vez, que algo es un dios? ¡El amor es un dios, Cancia Bartolomé, Tido Freites! Si pudieran hacerlo, dirían que no… ¡Qué más podrían decir!

13 Ver «Una experiencia naval de Tido Freites», fragmentos del párrafo segundo. La parte que sigue, inclusive una buena de la anterior, o acaso la que da forma a todo el texto, constituye lo que algunos suelen llamar el lado oscuro e inevitable del narrador, cuando es un narrador; sus secretos y maneras de enfrentar (meditar) la escritura.

la historia de Tido (su historia posible) cuando deja la plaza Bolívar, vendrá otro vacío. Luego estará Clavellina. Después, un nuevo viaje a Tucupita y las escenas de un elogio: vista desde el malecón, vista desde el río. Después… ¡Silencio! ¡Quién eres tú para decidir!

Tido Freites, dije, antes de su navegación por la plaza Bolívar es un enigma para todos, una cifra que nunca será revelada. Después está la escena de su ida por los rebalses, hasta internarse en algún caño. Después, como ven, la oscuridad. Hay otra información, deduzco de las escrituras precedentes. Tido pudo ser feliz (si eso es posible), pero abandonó a —o acaso fue abandonado por— la única mujer que pudo darle esa felicidad. Mentí, suelo hacerlo, cuando dije que estaba en el vacío, que nada tenía y que envidiaba al narrador de Cancia tanto como que lamentaba su posición, a la vez ideal y comprometida. La relación de Tido con la mujer vinculada con el poder y el abandonar fue previa al encuentro con Cancia, porque un narrador tuvo la osadía de decir, entre otras señales que no mencionaré, que Tido llegó a la plaza anegada «durante los tiempos en que aún gustaba —o empezaba a gustar el cuerpo— la sonrisa, el esplendor de la mujer que pronto abandonó». Esto crea una relación temporal y hasta, posiblemente, una de esas típicas y mal vistas relaciones de causas y efectos.

Tido abandonó a la mujer antes de conocer a Cancia, tal vez; Tido, quizás, la abandonó por Cancia. Tido —y esto, aunque no necesario es casi seguro, para no escribir suficiente— mantenía relaciones con esa mujer antes de conocer a Cancia. Podríamos decir, seamos arriesgados, que Tido, sin lugar a dudas, mantenía relaciones (de esas que los pudorosos

---

Todo esfuerzo realizado para esclarecer esas partes, tengo entendido, resulta inútil.

llaman íntimas) con la mujer sin nombre. Digamos también que, vinculado con el abandono de la mujer sin nombre, el verbo poder carece de actuación. Basta releer algún párrafo para darse cuenta. Seamos en lo posible sinceros: ella fue abandonada. Pero no olviden que yo suelo mentir[14].

Cuanto diga de ahora en adelante debe ser tomado como rigurosamente falso, visto desde cierta perspectiva; también como rigurosamente cierto, visto desde la perspectiva que ustedes conocen[15]. Una última señal: el sitio donde ocurrió la historia que me corresponde, ubicado sin dudas entre los dos deltas, a orillas del Macareo, fue borrado por una crecida del Orinoco. Las flores y las matas que mencionaré, cratileanas ellas, no son. La casa pequeña, limpia y con una cerca llena de vegetación, tampoco es. La mujer que esa casa habitó, la mujer sin nombre, desapareció, como el lugar, como la tierra, como desaparece todo cuando el Orinoco se convierte en dueño, señor del Delta —si es que alguna vez ha dejado de serlo—. Tido Freites, por supuesto, sobrevivió y esto no significa que haya muerto la mujer sin nombre: obviaré, para no cansar al lector, el viaje de Tido por los caños hasta llegar a la casa donde por ella era esperado (fíjense bien: «era esperado»; es decir, hay una insistencia en el supuesto de que cuando Tido estuvo en la plaza Bolívar conocía a la mujer sin nombre y tenía relaciones con ella). Esa casa, por supuesto, es pequeña, está pintada de blanco, con cal seguramente; tiene una puerta mínima que da al frente, y otra también mínima que comunica con el patio. Solo dos cuartos la conforman[16], cada uno con una ventana protegida, como las puertas, con mallas de alambre para evitar

---

14 Propongo no darle demasiada importancia a estas expresiones del narrador.

15 *Idem.*

16 Suposición sin fundamentos.

la entrada de zancudos[17]. Si una de las ventanas estuviera cerca de la cocina (es bello ver el paisaje desde la cocina), entonces una cenefa podría adornarla. Pueden hacer el cambio si les parece. Un cuarto en vez de dos. Una ventana en este y otra frente a la cocina. ¡Qué maravillas vería desde ella la mujer! ¡Qué cenefa…! ¡Si pudieran verla! La casa está cercada con estacas, ixoras y cayenas. El patio tiene matas: de mango, de pomalaca, de guayaba. Presumo que un cerdo es engordado por la mujer, así como gallinas, patos y otros animales comestibles. Cerca de la casa, como suele ocurrir, están el conuco y el río, el gran Macareo. Los colores del malecón pudieran distraer al narrador. Las tierras, casi materias primas listas para la alfarería; el roce tranquilo del río con la tierra y la vegetación ribereñas, la curiara (segura mediante una cuerda atada a un palo, fijo en tierra firme), la curiara que oscila en la orilla, siguiendo el ritmo del oleaje, constituyen tentaciones difíciles de pasar por alto. Cae la tarde en el lugar sin existencia, aunque no nos encontramos aún en el momento del crepúsculo. Tido y la mujer sin nombre están abrazados. Ella es menuda y trigueña, como corresponde al tipo de mujer deltana. Solo el color de la cabellera, ligeramente amarillo, podría alejarla de esa descripción por semejanza pertenencial. Tiene una marca artificial nada excesiva en una sección no poco importante de su cuerpo. Sus piernas firmes recuerdan maderas sustanciosas, de esas que gustan a ciertos escultores. Sus senos ni insuficientes ni excesivos apetecen las manos encallecidas del hombre, quien con un ceremonial que no parece serle propio pero que la edad enseña, adorna con caricias el arqueado cuerpo de la mujer. Ella, que no es tan joven y debe conocer el goce sexual de la paciencia, quiere sin embargo pertenecerle ya, abrir las piernas para ofrecerle cuanto tiene, que mucho es,

[17] Suposición fundamentada en la experiencia.

de humedad y sabor. Él desea retardar el momento, ir lentamente por el cuerpo de ella, tocar la piel como quien palpa lo más deseado y por lo tanto contingente; olerla, olerla toda, deleitarse con el aroma de cada parte, de cada vellosidad, como gusta oler el jugoso, delicado mango: su piel y su carne… Al fin, cuando ahora sí se presenta con furia el crepúsculo deltano: rojos y grises tiñendo las nubes y colmando el cielo, el hombre saca su verga y aunque ayudada en direccionalidad por una acuciosa mano de la mujer, con la torpeza insalvable de la penetración, en una posición que puede ser cualquiera, acaso de pie los dos o acostados en el suelo de tierra, acaso ella acostada de espaldas, de lado o en cuatro (dos de sus poses preferidas), la hunde hasta el final en la húmeda vagina de la sin nombre[18]. Nadie, ni siquiera Cancia Bartolomé en sus mejores momentos, podrá moverse con la rítmica destreza de esa mujer: sus caderas repitiendo con novedad la exacta y diversa —para quienes participan— danza del sexo.

---

[18] «… la sexualidad es numinosa —es un Dios y es un Diablo—…», de nuevo C. G. Jung.

**Las cosas no marcharon bien en Tucupita. Vivía con ella, y ello le agradaba, pero era incapaz de ganar lo suficiente como para estabilizarse. Cuando llegó al pueblo acababa de salir de una situación que nada le aportó, desde el punto de vista monetario. Fue capataz de una finca en Clavellina; pero su conducta extraña, luego de meses de comportamiento intachable, le deparó el despido y la consecuente ruina. Así que cuando llegó y conquistó los favores de ella (o ella los de él), quiso de inmediato emprender otro oficio. Gracias a los padres de la muchacha, ilusionados por la llegada de un hombre que les parecía de bien para la hija, logró obtener un camión de carga. Su meta era vender cacao y café en el estado Anzoátegui: en El Tigre y otros lugares cercanos. Prosperó, es cierto; pero esa situación no duró mucho, porque pronto decidió que en lugar suyo otro, a su cargo, realizaría los viajes y vendería las mercancías. Entretanto, gozaría los placeres de ella. Un día ni siquiera el camión pudo recuperar. Pero estaba la mujer: sus piernas, su boca, su espera impaciente por él, desnuda hasta el escalofrío.*

Anoten que aquella tarde, en la casa pequeña, la casa blanca cercada con cayenas, estacas e ixoras, ella, la mujer sin nombre, movió su cuerpo para poseer a Tido como siempre lo hacía, es decir, como nadie antes y presumo que nadie después lo hizo: dulce de pomalaca, cristal de guayaba, jalea de mango. «Te amo, te amo, te amo», dijo la mujer, ya en el orgasmo.

Tido Freites constituye un caso nada extraño de hombres con rápidos éxitos amorosos y fracasos en muchos otros aspectos, sobre todo en los financieros. Tengan por seguro que cierta tendencia a la holgazanería (o a la meditación, según el caso) y un exceso al hablar que en ciertas instancias lo frecuentaban, constituyen rasgos que pueden ser usados, si alguien intenta mencionar las características no sexuales de Tido Freites. No es de extrañar que viviera a costa de la mujer sin nombre, porque solía sentarse en una silleta de cuero, que por algún motivo desconocido nadie más podía usar (nadie más es la mujer sin nombre, claro está), luego de sus frenéticas relaciones sexuales: y así pasaba horas, frente a la casa, viendo alternativamente cayenas e ixoras, comiendo alguna fruta (acaso un mango), el pecho desnudo mostrando pectorales desarrollados sin exceso, bíceps branquiales potentes, manos grandes y encallecidas por el uso del canalete, abdomen no adiposo. Y más abajo, luego del pantalón corto o del interior (únicas prendas que usaba en casa: el bálano dirigido hacia el vientre, al estilo de los desnudos warao y yanomami [como tanto, en discreto silencio, parecía gustar o traerle recuerdos a ella], pero sin sostener el prepucio con una fibra vegetal atada a la cintura), los bíceps femorales luciendo una fibrosidad y dureza inesperadas en quien, como Tido, parecía no hacer nada, salvo el amor. El pelo negro y liso, la nariz y los labios finos, el rostro tezado y los ojos acariciando el verde, únicamente acariciándolo,

completan el *Retrato de Tido Freites*, *sentado*, *con casa blanca al fondo*. (Tal vez este retrato no corresponda con lo que un experto, en caso de que exista, designaría como típico deltano[19]). Ella, entre tanto, iba al conuco, traía raíces comestibles, mataba una gallina o un pato, y preparaba el sancocho que Tido comería con fruición y apuro, para regresar pronto al amor («Te amo, te amo, te amo», ella le decía) y luego, negligente, a la silleta apetecida.

Aquella tarde no hubo sancocho, después del amor. Aquella tarde Tido, como siempre, se sentó en la silleta de cuero, frente a la casa blanca; pero esta vez montó su pierna derecha sobre la izquierda, puso el codo derecho sobre esa pierna, apoyó la barbilla sobre el puño de la mano derecha (¿recuerdan aquella estatua?), vio un punto imaginario en algún lugar del horizonte, y así estuvo durante horas sin hablar ni atender los intereses de la mujer sin nombre, tal vez sin verla siquiera, o sin reconocerla si acaso la veía (pero en todo caso, sin prestarle atención), hasta que sin motivos visibles o imaginables, se levantó y fue a la casa, para acto seguido ponerse con rapidez lo que podríamos llamar su mejor vestimenta (un pantalón y una camisa de caqui; medias oscuras y zapatos negros). Luego se dirigió al río, desató la curiara, se montó en ella, tomó el canalete y con su acostumbrada destreza la hizo girar y le ordenó un rumbo cuyo primer destino memorable en su momento descubriremos, aunque ya hemos mencionado. La mujer sin nombre, habituada a los escapes del amante o marido (recuerden, sobre los escapes, el viaje a la plaza Bolívar: Cancia, en espera del que no llegó; Tido, con deseos de llegar a la calle y el caño Manamo, mas sin poder hacerlo), lo dejó

[19] Esto quiere decir que la expresión: «Ella es menuda y trigueña, como corresponde al tipo de mujer deltana», no debe tomarse al pie de la letra.

partir, sin oponer resistencia. «Ya regresará», pensó, humedeciendo sus labios con la lengua e imaginando el frenesí sexual que ese regreso traería. (Debo confesarlo: ella estaba en una edad en que el amor no debe ser pospuesto; él en otra en que el amor, aunque puede, no debe esperar tanto o se fatiga pronto del mismo cuerpo. La experiencia sostiene —¡gloria al empirismo!— que siempre la fatiga es mutua[20]). Tido Freites nunca más supo de la mujer sin nombre[21].

---

20 La poligamia, Cancia estaría de acuerdo, parece ser la única manera honesta de vivir; yo, monógamo frecuente.

21 Una pregunta (o varias) para que no cese la angustia. La casa, ¿era de Tido o de la mujer? Si era del hombre, ¿levantó a la mujer para pasar el umbral cuando esta entró por vez primera en esa casa? Esto es muy importante, para la felicidad o desdicha de la pareja. «Los romanos, dice Plutarco, "no permitían que cuando se llevaba a la recién casada a la residencia de su marido, esta saltara por sí misma sobre el madero del vano de la puerta o umbral, sino que los que la acompañaban la debían alzar desde el suelo entre ellos y transportarla así". […] Entre los griegos modernos, la desposada es alzada sobre el umbral, pues sería de mal agüero si al cruzarlo lo tocara. […] Los judíos yemenitas prohíben a la desposada pisar el umbral de su marido durante treinta días, pues de hacerlo los demonios se apoderarán de ella». Lord Raglan es prolífico en ejemplos que advierten sobre la importancia del umbral y su función separadora o de resguardo. Queda por saber si esta importancia persiste cuando no hay matrimonio, como supongo es el caso de Tido Freites y la mujer sin nombre. Tómese en cuenta, por otra parte, que la pareja dejó de ser pareja, lo que podría significar que la importancia del umbral sigue vigente, aun si existe solo amancebamiento. Quedan varios puntos por aclarar. Basta con decir que tal vez Tido levantó a la mujer para que ella no tocara el umbral. ¿Por qué, entonces, si cumplieron con los requisitos indispensables del umbral, no pudieron seguir juntos? No logro entenderlo. A menos que lo de la fatiga, por la repetición, sea razonable.

La mujer, luego de ciertas consistencias (amores de comienzo), hizo de la fatiga, cuando él la deseaba, una costumbre cotidiana: ¡cuánto cansancio! ¡Cuánto cansancio…! Una fatiga solo para él, porque otros, cada vez más, advertían y disfrutaban la vitalidad de ella: en la cama, en el chinchorro. Si debo poner una fecha, diría que todo comenzó (si algo puede comenzar) cuando el hombre fijó su atención en una amiga de ella. La amiga querida. La compañera de todos los días. La que vivía en la casa ubicada al lado de la suya. La que le dijo que ese hombre le parecía un buen partido, alguien muy adecuado para ella. «Si tú no lo agarras, puedes estar segura de que yo lo haré». «Claro que lo voy a agarrar… Ya he salido con él». Una tarde, notó que el hombre salió furtivamente. Entonces ella, preocupada, acaso nerviosa, se acercó a la casa de la amiga, para comentar el suceso tal vez. Un rumor la detuvo, justo en la puerta de la habitación de su amiga. Ella jadeaba, murmuraba placeres. El que estaba con ella, dijo: «Voltéate, para metértelo por detrás». Ella reconoció esa voz y momentos de placeres similares golpearon su mente. Quiso entrar, acaso verlos y compartir con ellos, quiso gritar, quiso matarlos, quiso no estar con él nunca más o, en todo caso, estar con él lo menos posible. Juró que no le diría nada a la gran amiga y tampoco a él. En relación con él, no cumplió con su juramento. Ella: cansancio para él, frenesí para otros. ¿Trato de justificarla…?

4

Cancia sale del río

Pedernales: agua salobre, cangrejos, camarones, contrabando; casas dúctiles, con sencillos e idénticos diseños para el trabajador del petróleo; casas elementales, para los pescadores; casas abigarradas, para contrabandistas y comerciantes; casas sinuosas, para el alcohol y la lujuria. Pedernales: parte del Delta en una desembocadura al mar, cerca de Sucre y de Trinidad. Pedernales: nombre de lejanías; lugar de la hueva de lisa o de lebranche y del indio que rápido desaparece en la espesura de las selvas cercanas; tierra o agua de las mujeres y de los hombres lejanos, aventureros, sin futuro cierto; pero también, sitio del juego permanente entre el río y el mar. Pedernales: apellidos importados (Damast, Cummings, Köhler, Baumé), como la leche, el queso y los chocolates, holandeses; como el *whisky*, escocés; como las medicinas y las ropas, siempre extranjeras. Frente a Pedernales está Capure: el mar y el río, aturdidos, víctimas acaso de una sorpresa eterna, separan los dos poblados: remolinos de agua, arena y lodo; oleaje fecundado por la marea metódica. En cierto momento es posible surcar las aguas de ese río, marítimo al final: para ir de uno a otro pueblo, para penetrar en el Delta por la orilla del caño o para tomar la barra y salir al mar abierto: Trinidad, isla dispensadora de casi todo lo que

consume el pueblo. Ni más tarde ni más temprano. El hombre baquiano lo indica en el muelle; conoce la respiración del agua y el designio del viento. Desde Capure, sede del único aeropuerto inmediato, parte con infrecuencia un avión hacia Tucupita. A veces un hidroavión desafía remolinos, acuatiza cerca de los barrancos de Pedernales y sale deprisa a mostrar desde el aire la red de caños que conforman el Delta y que, como vasos capilares, se entrecruzan sin orden ni fin aparentes. En señalados días: cuando la pesca no ha sido buena o es preciso vender el producto de ella en tierra firme, cuando el combustible y los alimentos escasean, cuando el mar cansa y los deseos incitan, barcos pesqueros de inciertas procedencias se acercan a la barra, y hombres duros y tostados, de uno u otro país, con los ojos pequeños de tanto ver horizonte, mar y sol, llegan en botes a Pedernales. En la noche, todos lo saben, habrá fiesta, derroche y sexo. Algunos se quedarán en el pueblo: por pocos días, para siempre. Friedrich Köhler, luego Federico, nunca volvió al barco: porque su edad, cuarenta y seis años al parecer, era ya mucha para el cansancio de la pesca; porque la mujer que le dio acogida, liviana como era de esperar, en el fondo mostraba sobriedades, o lo incitaba a suponer, como reflejos de sus esperanzas, de sus deseos o de una olvidada condición moral, la posibilidad de que se produjeran cambios permanentes en quien no tenía razón alguna para realizarlos; porque el tiempo de tener familia no permitía postergaciones.

¿Qué pueden decir de Federico? Nunca reveló su nacionalidad, aunque el acento al hablar, el nombre original y el apellido correspondan a la alemana. Nunca dijo si dejaba familia, en este país o en otro, aunque el Köhler se deje oír y ver, de vez en cuando, en ciudades distantes (Caracas, Valencia, Puerto Cabello), y ciertos rasgos fisonómicos: el pelo negro, los ojos ligeramente verdes, el blanco no excesivo de la

piel, la estatura mayor que el promedio, la nariz algo menos que perfilada y la conformación de las piernas, los brazos y el tórax, predigan una fuente acaso idéntica. Nunca fingió estudios profundos, aunque su conducta y conocimientos, inadecuados para un marinero raso, demandaran una formación consistente, si no sistemática. Federico, en Pedernales, al poco tiempo y sin mayores dificultades, sobre todo luego de ciertos hechos que pronto conocerán, se convirtió en el centro del pueblo, en el lugar de mayor atracción, en el punto de oro, como sucede en esos lienzos donde el foco de atención parece estar fijo en un sitio (el pie, en una *Venus* de Tiziano, por ejemplo) del que solo con mucho esfuerzo logramos salir, para continuar el recorrido visual por lugares eventualmente secundarios, aun cuando contengan maravillas, ilusiones deliciosas que únicamente un ojo educado (no el nuestro, por supuesto) lograría discernir: todos iban a él, todos le preguntaban, todos entendían que acaso podía saber lo que ninguno de ellos jamás podría; todos comenzaron a respetar a la mujer que le brindó acogida, a olvidar su vieja incontinencia, e incluso, aunque con recelos, a quererla y admirarla, cuestión nada frecuente en parte alguna de este mundo. Pronto vino una niña, Cancia Köhler, que para felicidad de Federico, sin renunciar a los de la madre (el color del cabello, por ejemplo, otros que se esconden en la niñez y luego afloran), repetía algunos de sus rasgos. También esa niña fue centro del pueblo, como si en el lienzo del pintor descubriera el experto otro punto focal (una figura de espaldas, hurgando el escondido fondo de un baúl, en un plano distante, aunque no demasiado, del deleitoso pie): y constituía un honor para cualquier familia tenerla en casa, aunque solo fuera por unos minutos. Ella admiraba al padre; le llenaban de orgullo su porte atlético a una edad ya avanzada, los metódicos ejercicios que cada mañana hacía, la firmeza de sus muslos y brazos, la

sobriedad de su carácter, el halo de seguridad que desprendía, aunque le fastidiaran ciertos aspectos suyos que desarrolló cuando ella aún no había nacido y que después, jamás en aquellos momentos de niñez, podría ella haber señalado con el nombre de fanatismo, aunque nunca lo hizo. En efecto, luego de la unión con la mujer ligera, Federico contempló, durante un paseo por el pueblo que vale denominar como improductivo (según cierto sentir que todo lo relaciona con un hacer práctico determinado, con un fin útil, de acuerdo con lo que es utilidad para ese sentir), un sencillo edificio de madera que, por su estructura, trajo a su memoria recuerdos que solo estamos en capacidad de suponer. El edificio era una iglesia. Federico se acercó al edificio, lo rodeó no sin cierto placer, penetró en él y aunque quedó asombrado ante la profusión de imágenes (apenas dos o tres, en la realidad de un pueblo distante que ve la religión como el pasatiempo de los domingos), adivinó que allí, en ese lugar de un pueblo al que vino a dar por puro apetito, parte de su vida estaba señalada y una razón de su existencia renacía. Recordó, imaginamos, su infancia en otro pueblo, el asombro infantil ante unas palabras incomprensibles, dichas con solemnidad por alguien sin duda respetable; el temor ante algo que podía ser pecaminoso, aunque no entendiera en absoluto lo que era ese algo y ni siquiera si en realidad existía. Recordó la mano de su padre sobre su hombro, el silencio impuesto en un lugar, aunque más austero, parecido al que ahora veía, los cánticos que alababan y pedían perdón; y ese recuerdo, si decir algo así no es prohibido, e incluso si lo es, pareció bajar a sus dedos y ordenarles movilidad. Sí, una movilidad sonora, como un escozor, por una conexión secreta hasta entonces obstruida por el tiempo y el mar, bajó con prontitud de la mente a las manos y de ellas a los dedos, de suerte que Federico, Friedrich otra vez, sintió que pulsaba las teclas de un órgano, ahora invisible:

aquel que cuando niño aprendió a tocar y siempre tocó en su pueblo natal. Entonces todo se aclaró. Él era el organista de una iglesia sin santos. Él acompañaba a la feligresía que haciendo coros, a una sola voz o con armonizaciones de varias voces rigurosamente tonales, cantaban versos cuyos contenidos loaban al Señor. Bach, oyó que dijo su asombrada voz. Johann Sebastian Bach:

Cristo estaba atado a la muerte
y se entregó por nuestros pecados.
Él ha resucitado y nos ha dado la vida.
Por ello hemos estado alegres,
por ello debemos glorificar a Dios
y cantar Aleluya.

Algo faltaba y sobraba en esa iglesia. No le importaría lo que sobraba, ni la sofisticada liturgia gregoriana que, como pudo constatar luego, prefería el latín al idioma que conoció en su infancia. Nada diría de la vida de su niñez ni de las costumbres de su lejano pueblo. Nada de sus padres ni de los particulares remolinos de su fe original. Ahora sabía lo que tenía que hacer, cuál era su misión dentro de ese pueblo carcomido por cuanto a él lo había ofuscado por tantos años: la inmediatez, el desamor, la impiedad. Él sería respetado, serviría de ejemplo. Habló con el cura, le dijo cuanto pensaba hacer, le pidió que lo ayudara y dejara hacerlo, acaso le pidió silencio si habló de su pasado, acaso suplicó. El éxito de sus súplicas, si tales fueron, lo ejemplifica el pequeño órgano que Federico encargó a Trinidad y que pronto fue instalado en el coro de la iglesia, para cantar los oficios. Lo que faltaba ya había sido implantado. Lo que sobraba seguiría sobrando, para Friedrich, no para él, Federico Köhler: católico, apostólico, romano. El primer domingo luego de preparado el órgano, la misa tuvo

una participación inusual, por magnitud y diversidad: pescadores, comerciantes, obreros, autoridades, prostitutas, contrabandistas, niños, todos, unos al lado de los otros, escucharon con estupor no la misa ni cuanto decía el cura (total, ya estaban acostumbrados a sus responsos casi, por repetición, carentes de sentido), sino las notas que desde un cielo cercano, el coro, pero no por ello menos celestial, bajaban, extrañas, incomprensibles, pero solemnes y con una hermosura que ninguno de los allí presentes podía siquiera imaginar —y que si hubieran conocido la palabra habrían denominado sobrecogedora—, notas que por momentos turbaban los ojos de los hombres, de los niños y de las mujeres, y hacían ver a quien las producía como un ser especial, como una felicidad venida al pueblo por designio divino y al cual, ahora más que nunca, debían abordar y en lo posible distinguir.

Uno de ellos en especial, quizás por contraste, como suele ocurrir con muchas uniones, amistosas o de otra índole: las primeras perduran sin mayores tropiezos y hasta son provechosas; las segundas, para desdicha muchas veces, también perduran; uno de ellos, carente de fe, se acercó a Federico, intimó con él y con su familia, comió en su casa muchas veces y pudo declararse amigo suyo. Le molestaba, sin duda, la desbordante piedad de Federico, su relación perpetua con lo sagrado, que les impedían tocar temas que a todas luces serían deleitosos. ¿De dónde venía Federico? ¿Qué lo llevó a la mar? ¿Por qué se quedó en Pedernales? ¿Por qué, si era tan puro (así lo veía él), se unió con esa mujer? Recordó, pero fue incapaz de decirlo, que la mujer es como un disco de vinilo: se acostumbra a una aguja (que se adapta al surco con propiedad) y parece que con ella suena mejor. ¿Con cuántas agujas, en cambio, había sonado la mujer de su amigo? Y esas preguntas, y aquella molestia, no eran exclusivas del amigo. Otros también, con el tiempo, se sintieron cansados de tanta

iglesia, de tanto oficio, de tanta pasión, y comenzaron a preguntarse el porqué de aquel fanatismo.

Cada día, hay que reconocerlo, los poblareños tenían menos dudas sobre la existencia de algo oscuro y perverso, que tal vez nunca llegarían a conocer (y que en efecto, jamás ellos ni nadie conocerían), pero que explicaría, de una manera imposible de precisar, el comportamiento del muy respetado Federico Köhler…

Ese hombre, el amigo, es importante. Su nombre, Darío Bartolomé, puede ser recordado. Ese hombre dejó Pedernales cuando Cancia rozaba los tres años; se fue a Tucupita, se enamoró con prontitud y con igual prisa se casó. Federico, por supuesto, conoció a esa mujer, allá, en Tucupita, antes de la boda: y se sintió complacido, por considerarla virtuosa. Pensó que esa unión sería duradera y podía dar frutos nada despreciables, y rogó porque Darío no le impusiera a la que sería su esposa, Carmen, su ausencia de fe. A pesar de esa ausencia —y a instancias de Federico, quien luchó con prodigalidad para lograr su cometido— el matrimonio se hizo por la iglesia. Federico, con su mujer y con su hija, asistió a la boda y tocó otro órgano, en otra iglesia, durante ella. Cantó con poco honor el *Ave María*. Brindó con Darío por la felicidad. Brindó con Carmen por la complacencia. Le dijo que su casa, en Pedernales, sería siempre también suya y de su esposo. El mundo no tiene límites para la burla y nada es tan de su agrado como el juego feraz.

Cuando Cancia nació, su bautizo fue puntual, calculado en cada detalle, con devoción, perfecto. Federico imaginó tocar mejor que nunca: la cara radiante de alegría, el cuerpo punzado por vellosidades deliciosas. El cura acaso se excedió en palabras y parabienes. Luego, por voluntad paterna, Cancia fue la primera en cada misa, a la que solía ir corriendo por las calles del pueblo, hermosamente

vestida y aún más hermosa en su plenitud vital, ante la mirada benévola de los poblareños y ciertas palabras, dichas a escondidas, que notificaban la insistencia religiosa del padre y el cambio experimentado por la madre, aunque esas palabras no pudieran disfrazar cierto celo o envidia tal vez —y hasta esperanza— que mucho tenía que ver con el pasado de la mujer y con la posibilidad de que este, en cualquier momento de descuido, aflorara de hecho. Mas no es eso lo que nos ocupa. Es Cancia en su admiración por el padre y en el fastidio que su exceso de religiosidad le producía. Cancia, la pobre y querida Cancia, ya sabemos, al igual que el padre fue, ella también, centro del pueblo, un nuevo foco de atención. Pero no solo por el respeto y la admiración hacia el padre. También por lo que el padre, con mucha autoridad pero con dulzura, la obligaba a hacer. Cancia era la ayudante del cura, la que participaba en cada boda, bautizo, comunión; la que hacía de ángel: su cabello rojizo, sus alas armadas con alambre recubierto con papel de celofán o de seda y con plumas de ganso, Cancia, envidia de un pintor, suspendida en algún rincón de la iglesia o en el mismo púlpito; la que sufría vestimentas a todas luces estrafalarias, perfectamente calurosas, solo para cumplir con una exigencia litúrgica. El cura, el padre, estaban felices. Cancia, aunque en el fondo odiara toda la incomodidad que su especial condición le prodigaba, sabía que aquello era pasajero, que en su momento crecería y ya no tendría que ser ángel ni que llevar anillos de bodas ni que frecuentar la iglesia con la asiduidad con que ahora lo hacía. Todo era cuestión de esperar. A la larga, su felicidad sería perfecta. Cancia, mimada, admirada y querida. ¿Cómo, díganme cómo podía ella imaginar entonces cuanto le esperaba, cuán

oscuro y profundo era el baúl que hurgaba, cuán misterioso o pérfido su contenido?[22].

Cada cierto tiempo, Federico Köhler iba a Tucupita: para buscar cereales, para visitar a Carmen y a Darío, para cambiar de ambiente. Cuando el baquiano daba la orden, salía la lancha con sus pasajeros. Entonces, siempre orillando el

---

[22] Se trata de la *Venus de Urbino*, puedo adivinar; tal vez de un fragmento del cuadro: aquel que comienza un poco a la izquierda de las rodillas de la Venus, sugiero, a mitad de los muslos probablemente, se extiende a la derecha del lienzo y muestra a un perro dormido y a una mujer que parece observar lo que hurga una niña en un baúl, o simplemente a la niña. Al final del fragmento, a la izquierda, en un porrón hay una mata y otra detrás de una columna. La iluminada nube, que resalta por contraste el porrón, semeja a su izquierda el perfil de alguien quizá poderoso y temible (¿una imagen premonitoria, una advertencia para Cancia?). Muchos de estos detalles, por supuesto, no tienen importancia, aunque quizá sirvan para constatar los defectos que debe tener una verdadera obra de arte. La mano de la mujer que mira, por ejemplo, es un desaire pictórico; los planos de la perspectiva, son un enigma… Aunque el símil es por demás extraño, porque el pie de la Venus viene a ser Federico Köhler, permitámosle al narrador la ligereza y dejemos que *Herr* Köhler se las arregle como pueda. Una nota para tomar en cuenta: la niña de espaldas parece mayor que Cancia Köhler en el momento en que tiene lugar la figura retórica. Propongo que le demos a Cancia una edad no superior a los cuatro o cinco años.

Sobre la música tocada por Federico, existen fuentes donde se deja constancia de que Cancia escuchó, ya mujer, una pieza que identificó como algo en algún momento interpretado por su padre: una pieza de Bach, puede deducirse de las fuentes; una tocata y fuga, si no se exige demasiado a la fidelidad. Es digno suponer que nunca atacó la fuga. ¿Cómo se escucharía, aunque fuera solo la tocata, o parte de ella, en aquel órgano e interpretada por aquel hombre que, luego de tantos años, apenas la recordaría…? Bach conoció a Lutero y escribió una cantata basada en un texto de este: *Christ lag in Todesbanden*, cuyo *versus* I aparece escrito. Esto no quiere decir que Bach haya sido luterano. Tampoco que no haya sido. ¿Qué importa? Al final parece que Lutero no fue luterano.

caño profundo, se internaba en el Delta: verdes, marrones y violetas profundos, saturados al máximo, y a las cuatro o cinco horas de viaje, dependiendo del tiempo, comenzaban sus ocupantes a divisar, lejos aún, las torres gemelas de la iglesia aquella en la que Federico interpretara el *Ave María*, la iglesia de Tucupita, ubicada detrás del malecón y la calle Manamo. Aquel día Federico iría con la niña: un regalo, una caricia, un deseo de compañía. Aquel día el baquiano no se presentó en el muelle del pueblo para dar la orden; pero los pasajeros advirtieron la bonanza del tiempo, el suave golpear de la marea contra los barrancos, los conocimientos de Federico como experimentado marinero, al fin y al cabo, la seguridad de un viaje sin tropiezos y el saber de un motorista que nada tenía de avieso y mucho de templado, y decidieron partir sin prestar interés a una señal que a todas luces parecía innecesaria. Por ese carácter templado, Cancia cambió de casa, de pueblo, de padres, de apellido.

Describir un naufragio es tarea innecesaria, porque todos, como sucede con cualquier historia, poseen un diseño general que se repite. Decir naufragio, siempre, es decir buque, curiara, embarcación tomada por las aguas. Si existe fuego o no durante esa toma, es apenas un detalle que en nada cambia el hecho central. Durante el naufragio que nos incumbe —y que como sospechan no será descrito: por impericia, por sobriedad, por pereza— el fuego estuvo ausente. Tal vez hubo lamentos, gritos, conatos de histeria colectiva, peleas para salvar la vida que si alguien llegara a relatar, causarían vergüenza… No se alteren. Nadie, en esta historia, los contará. Puede decir sin contratiempos esto: luego, personas que quizá formaban parte del naufragio, afirmaron que el padre de Cancia pidió al motorista que la salvara. Pero eso, ya sabemos, forma parte de esa zona productora de leyendas que jamás abandona al hombre, sobre todo cuando está ocupado en nada hacer. Afirmo que un

naufragio, un lienzo, un libro y cualquier otra cosa, son todos los naufragios, lienzos, libros y cualesquiera otras cosas que han existido, existen y existirán. Pueden decir que la vida, en términos generales, cuando se toma solo su ansia de repetición sin continencia, resulta francamente aburrida. (Muchos sostienen que gracias a esa repetición alguien conoce[23]). Pero si una persona logra descubrir un detalle singular dentro de la masa uniforme; si alguien es capaz de advertir un regreso en la cadena que lleva a la rutina, una detención, un salto en ella, entonces quizá el aburrimiento deje paso, si no a la sorpresa, cuando menos a una breve sonrisa o a un dejo de tristeza necesaria. Federico Köhler, experto marinero, hombre ducho en la pesca y de atlética complexión, falleció ahogado cuando

---

[23] «Hay una cierta monotonía en el mundo —dice Price—. El caso extremo de ella se encuentra donde el mismo rasgo viejo se repite en todas las partes de un solo objeto, como cuando algo es completamente rojo o totalmente viscoso, o un ruido es uniformemente estridente a través de toda su duración. Sin embargo —prosigue—, esta repetición perpetua, esta condición sosa o trillada es también inmensamente importante, porque es ella la que hace posible la cognición conceptual. En un mundo de novedad incesante, donde no hubiera absolutamente ninguna recurrencia y ningunas repeticiones tediosas, nunca se podría adquirir conceptos; y el pensamiento, aun de la especie más tosca y primitiva, nunca podría empezar. Por ejemplo, en un mundo tal nada podría ser reconocible nunca. O de nuevo, en el grado en que hay novedad en el mundo, no-recurrencia, ausencia de repetición, en ese grado no se puede pensar el mundo, sino solo experimentarlo». Más adelante insiste: «Si el mundo no fuera así, si no hubiera recurrencia en él, no se podría pensar en él ni hablar de él. Nunca podríamos haber adquirido conceptos; y aun cuando los tuviéramos de manera innata (sin necesidad de adquirirlos) nunca se podrían haber aplicado a ninguna cosa». ¿Qué hubieran pensado Tido y Cancia (y la mujer sin nombre) de la recurrencia, de esa «condición sosa o trillada» que se repite hasta el cansancio…? ¿Cómo habrían reaccionado ante la expresión sin contexto: «… en ese grado no se puede pensar el mundo, sino solo experimentarlo?».

zozobró la lancha en que viajaba a Tucupita. Ese es un detalle que se sale de la masa común de un naufragio. Podemos asombrarnos, sentir tristeza, maldecir por lo necia que suele ser la vida. Federico Köhler, los demás pasajeros de la lancha y el motorista decidieron viajar, aun cuando el baquiano no estaba para dar la orden de partida. Ese detalle también se sale de la masa común. Podemos pensar que fueron imprudentes, que el destino los tenía señalados, que era imposible no partir, con o sin la señal del baquiano. Cancia Köhler sobrevivió al naufragio porque el motorista tenía un carácter temperado. Podemos suponer que la suerte estaba de su lado, que ella no podía morir entonces, que el motorista tuvo que seleccionar entre ella y el padre, si en verdad seleccionó, y que le pareció prudente tomar a la niña, llevarla hasta la orilla del caño, salvarla de las aguas, mientras el padre, experto marinero, con toda razón era abandonado a su suerte. Fíjense, los demás pasajeros carecen de importancia. Nadie sabe con certeza si sobrevivieron o no. Nadie sabe quiénes fueron. Nadie los menciona y, por supuesto, tampoco esta historia lo hará. Ese, sin embargo, es un detalle importante que se sale de la masa común. ¿Acaso Cancia y Federico son más importantes que los otros? ¿Será que solo Cancia y el motorista sobrevivieron? La escena se presta a numerosas interpretaciones. Pueden ver a Cancia, saliendo de las aguas, como si fuera una nueva, singular representación del nacimiento de Afrodita. No le ocurrió lo que narra el lienzo de Botticelli, en relación con Venus. No salió de una concha marina, lo cual, por otra parte, según los expertos, es imposible: no por el tipo extraño de nacimiento (total, es la concepción mítica de una diosa por esperma de un dios regada en el mar), sino por el flotar mismo de la concha marina: las conchas no flotan, están en el fondo del mar… Paren. Lo importante está dicho. Cancia sobrevivió al naufragio: y eso significó para ella un

nacimiento (tal vez un siempre nuevo y repetido nacimiento) y lamentablemente, aunque nadie soy para dejar constancia de mis sentimientos, apenas soy un narrador; lamentablemente, insisto, significó también encontrar la primera de una serie de a veces fatídicas, otras caprichosas o irritantes, por momentos al parecer gozosas, pero siempre irrenunciables prendas (de allí el lamento) que paso a paso, a través de la vida, el baúl ilusionado le brindaría. Federico murió en el naufragio: y eso ya ustedes saben lo que puede significar. No acepto por ahora que digan otra palabra[24].

---

[24] Esta nota corresponde a la línea donde afirma alguien que el fuego estuvo ausente. No soy quién para contradecir esa afirmación ni quería interrumpir la lectura en una sección que, supongo, puede resultar importante en el momento de establecer, si es posible, el carácter de Cancia y su interés por cierta tipología varonil: cuántos desengaños, cuántas frustraciones. Pero deseo advertir sobre cierta belleza que en la desdicha brota; belleza que el narrador no quiso mencionar y para cuyo surgimiento hubieran bastado un trueque de palabras: presente por ausente, y varios latigazos paisajísticos. Sobre el río, en una mañana brumosa, una embarcación incendiada da lugar a un paisaje de belleza sobrecogedora, independientemente del terror que puedan vivir sus ocupantes. Muchos fueron testigos, porque lo mostró la televisión, de uno de los acontecimientos más polisémicos que haya producido la industria aeroespacial: la explosión de una nave, con varios tripulantes, cuando cruzaba una zona próxima a la estratosfera. Qué terror máximo, instantáneo, para los tripulantes. Qué horror duradero, para los familiares. Qué gasto inútil, para el contable. Qué pérdida de tiempo, para el urgido de éxitos. Qué calamidad, para el responsable. Qué belleza, para quienes lograron abstraerse de las contingencias humanas y vieron, en el límpido espacio, esquirlas de fuego abrirse en abanico, para luego irse apagando lentamente.
Nota del editor: Antes de lo que sigue, puede leer «Clavellina, en el día, huele a mango», sin los pies de página, por supuesto. Es una simple sugerencia.
**Su cambio fue dramático, luego de trabajar en la hacienda. Buscó en Tucupita lo que le leyó el francés en Clavellina; mas no lo encontró. Entonces, ¿quién era él, dentro de aquel contexto? ¿Tenía algo, acaso?*

La tenía a ella, ¿pero realmente la tenía? ¿No era, igual que siempre, un hombre solitario, acaso una nada, acaso aquel que por no tener nada, nada puede perder?

5

Mudolo

(Nada puede convenir tanto como la contemplación; nada, ser tan discorde como ella. Parece un disparate: convenir y discordar, o disentir, en relación con un mismo acto; pero si alguien observa con detenimiento y llega a mostrar, o cuando menos a saber para sí, cuál es la conveniencia y cuál no; o mejor, en qué conviene y en qué disiente, eso que disiente y conviene a la vez, o alternativamente, y aun, en caso de que sea posible afirmar su condición de opuestos [ya que si no, para qué seguir], qué entiende él, o cualquiera con discernimiento, por convenir y por disentir —en el supuesto de que esta palabra no excluya de sus usos el de ser sinónimo, lejano o próximo, de discordar—, quizá ese alguien pueda llegar a un punto en el que ambas expresiones resulten igualmente válidas. Acudir a ese punto, acercarse a él en todo caso, es uno de los propósitos de cuanto será escrito a continuación).

Como ya es conocido de una manera, el baquiano, directamente relacionada con un oficio, es posible agregarle otra: Mudolo. Así lo llamaron a veces: cuando los de Pedernales recordaban que había nacido allá y que su padre y su abuelo fueron de nombre (o apellido) Mudolo: y también baquianos.

Puede decirse que el abuelo llegó de una zona que fue siglos atrás colonia, como casi toda región del mundo ha sido alguna vez: las formas del nieto, ya modificadas por vínculos abiertos a las transformaciones, guardaban aún sin embargo ciertas características frecuentes en los que viven al sur de Italia[25]. Si alguien con paciencia hiciera los cortes y las anexiones precisas, las modulaciones donde una suerte de hachazo desdibujó un gesto, tal vez llegaría a una proximidad nada desdeñable del abuelo Mudolo. Pero eso para nuestro caso carece de interés.

Mudolo, el menor, apetecía la soledad y el silencio, palabras que solo algunas veces conforman relaciones simétricas. Durante las noches de Pedernales, casi siempre estrelladas, gustaba sentarse en lugares solitarios que abundan en los pueblos —y que cualquiera mencionaría con las expresiones detrás de, más allá de, al final de, expresiones que dicen mucho para el conocedor y nada para el recién llegado—, alejado de todos, cerca del mar y el río: para mirar los cangrejos y las aguas, para jugar distribuyendo sobre el suelo (pienso que al azar) minúsculas piedras, para ver el cielo, para sentir la brisa en su rostro, en la vegetación, en las crestas de las olas. Le placía suponer (y más que ello, verificar) que la vida vibraba, que todo tenía un alma; y si la pureza de la atmósfera era fecunda y permitía a la bóveda celeste, regada de estrellas, que la luz de alguna —cualquiera de ellas— la traspasara para reflejarse en las aguas, aunque fuera por breves instantes, Mudolo no dudaba de que aquel reflejo era un síntoma inequívoco de vida celeste incrustada en la de las aguas[26]. Si pensaba que esa vida era

---

[25] Se trata de una historia que tiene que ver con la polis y la Magna Grecia. Esa historia ha sido recordada, ¡oh, reminiscencia!, por Mondolfo, Jaeger, Guthrie, entre otros.

[26] Los wayuu, protectores de huesos, ven en cada fenómeno, natural o no, la presencia de un antepasado propicio: llueve porque un antepasado se ha convertido en lluvia, por ejemplo.

inyección de otra a la vida propia de las aguas, no sabría decirlo. Sé que para Mudolo las aguas, la tierra, cada parte y todo estaban animados y tal vez se repetían de manera cíclica: y no dudo que de allí salieran su perfecto conocimiento de los momentos adecuados para la navegación, así como su extraña predilección por la escasez de ropas en hombres y en mujeres[27]. ¿Para qué tapar la vida, pensaba, con porciones de oscuridad, si así se persiste en momentos de muerte, se viola la elegancia de la naturaleza, se infiltra con dolor la plácida piel? Si él, Mudolo, cubría su cuerpo (pero siempre con lo mínimo: un pantalón corto, una franela, que al llegar a casa se quitaba con prontitud), era por respeto a los demás habitantes del pueblo, por no violar una ley que le parecía absurda pero que de todas maneras era ley. Por eso gustaba de las mujeres que, aunque fuera por razones de trabajo, exhibían desnudo, todo el día, la mayor parte del cuerpo: modelos permanentes de artistas, sin ser por ello modelos, al menos para artistas; por eso gustaba y se sentía amigo del indio que de vez en cuando llegaba al pueblo, desde las profundidades selváticas, bellamente desnudo, mostrando, gracias a la disposición del pene, sus escrotos tersos, firmes, juveniles; dejando ver, de una manera tan natural que no era en realidad dejar ver, las nalgas

---

27 Escuchemos a Hölderlin:

> En chozas mora el hombre,
> en vergonzantes vestidos se oculta,
> que cuando el hombre es más hombre interior,
> tanto más solícito anda de guardar el espíritu,
> cual la sacerdotisa la llama divina.

Estas palabras hubieran sido del agrado de Mudolo; las habría hecho suyas, de conocerlas. Para ello, ¿habría tenido que ser lector del poeta?, ¿podemos afirmar sin ninguna duda que, por no haberlas leído, las desconocía…?

de conformación escultórica, las piernas fibrosas, los pies con dedos separados, plenos de vida vegetal y mineral entre ellos. Ese indio era un hombre, una manifestación del ser llena de verdad: todo luz, todo naturaleza, todo energía sin tregua —se decía Mudolo al verlo—, sin prestar demasiada atención al sitio a donde este se dirigía. ¿Puedo decir, sin romper la tensión ni perjudicar el texto, que hubiera sido mejor para Mudolo no preguntarse ni saber jamás las razones que tenía el indio para acercarse al pueblo ni el sitio que frecuentaba cuando lo hacía…?

Sabemos que una cosa lleva a la otra, muchas veces. El gusto por ver, la pasión que cubría de vida cada cosa observada, hizo que en una ocasión Mudolo mostrara interés por conocer lo que hacía el indio en el pueblo. Así, una mañana ya contada como otra historia (¿la recuerdas?, ¿o ya nada te dice aquella historia que comienza a ser forjada durante cierta espera infructuosa a orillas del río y sigue con una decisión incalificable y con un nacimiento metafórico?), el indio se presentó y fue seguido por Mudolo. Este no pudo creer cuando vio al indio entrar, por una puerta poco frecuentada y hasta escondida (una de esas puertas que, en Pedernales, dan al fondo de la casa, al mar y a la espesura de la selva), en la casa en que entró; menos, cuando descubrió que era esperado y que la esperante (ella, sobre todo ella, ahora) lo condujo a un chinchorro, se acostó en él, se subió el vestido y bajó las pantaletas. El indio, hábil, soltó su bálano de la atadura fibrosa que hacia el cielo lo sostenía y se dispuso detrás de la mujer. Quizá los suspiros de esta hicieran que Mudolo se descuidara. Quizá la sorpresa fue responsable de que, observando desde una ventana, rozara la tela metálica que la cubría. Salió corriendo, al escuchar su ruido, pero no logró evitar ser descubierto por el indio. Ella, quiero imaginar, fue incapaz de ver al observante y tal

vez ni siquiera sintió su presencia o tuvo luego noción de esta. El indio siguió, hasta concluir con el acto amoroso. Ella iba a decirlo, próxima a la exaltación vital; iba a decirle algo que puede tener que ver con el amor; pero una ancestral e hipócrita costumbre criolla —y aún más hipócrita, en su caso—, que hace ver al indio al menos con displicencia, hizo que callara; aunque lo pensó, si en esos estados se puede pensar, estoy seguro de que tal vez lo pensó…

Cuando enterraron a Federico (una mañana, dos días luego del accidente), el pueblo completo, salvo Mudolo, formó parte del séquito; Carmen y Darío, venidos de Tucupita, también formaron. Cancia, la bella, sus cabellos rojizos, no pudo dejar de llorar. Su madre la calmaba, le decía cosas que nadie logró escuchar, pero cuyo contenido general todos suponían.

Durante la tarde, Darío habló con la madre de Cancia. Puso a su disposición la casa y la amistad. Recordó con temor, pero no la dijo (era imposible hacerlo), la historia que tampoco a Federico pudo decir. Sintió miedo por el futuro de la niña: sola, en Pedernales; sola, con esa madre. Acá, puedo inmiscuirme, se avergonzó de sus pensamientos. Carmen, por su parte, reivindicó los parentescos de matices: el pelo de Cancia y el de la madre. Esta destacó la superior brillantez del de Cancia. Carmen jugó con el pelo de la niña, lo alisó con dulzura, tocó las manos de la querida Cancia, tan sola, tan desprotegida la pobre; vio algo extraño, tal vez irrepetible con palabras, en la expresión de la otra mujer: una tristeza o un dolor, digamos, más profundos, más solos, lejanos y difíciles, que la tristeza y el dolor irremediables que producen la muerte. ¿Qué iban a hacer? ¿Quién cuidaría de ellas? Darío, tan práctico, tan buen amigo de Federico, ¿tendría una solución?

Durante la noche la gente despertó: y lo hizo alarmada. A la pérdida de aquel que todo sabía, que era para el pueblo un centro, un consejo, una luz (aunque también un exceso, por la devoción), se acababa de unir, al menos como conocimiento, la del experto en brisas y mareas: Mudolo, el baquiano, había sido encontrado muerto: su ser degollado, su cuerpo desnudo mordido por cangrejos, en la negrura de la selva, cercana (¿para satisfacción del fallecido?) al mar y al río. La casa de Federico no distaba mucho del sitio en donde encontraron el cadáver de Mudolo. ¿Qué sitio en Pedernales dista mucho de otro…?[28].

[28] M. Baumé, médico prófugo de la isla Cayena, en la Guayana Francesa, tuvo a su cargo las autopsias de ley. Baumé fue a dar a la prisión por asesinatos múltiples y despiadados. Uno de ellos, el de su esposa, fue tomado por la prensa europea de entonces como paradigmático. Entre los otros, no carecen de importancia aquellos correspondientes a los hijos, ni son de fácil desatención los de los padres. Baumé, dicen los diarios, quería una vida ajena de las presiones familiares. En Pedernales, su comportamiento fue ejemplar; también lo fue el olvido que de cuanto hizo en su pueblo francés, le obsequiaron los lugareños. ¿Quién, si no estaba Baumé, haría las curas que no podían esperar (o no ameritaban) un viaje a Trinidad? El Delta está plagado de cayeneros como Baumé. En Tucupita cobró fama un barbero francés que hizo en su tierra, con tijeras, algo más que cortar el pelo. Hacia Clavellina, pueblo cercano a la capital, vivió un hacendado cuyo pasado como fanático ahogador en bañeras no debe olvidarse. Fue recogido moribundo cerca de las playas deltaicas. La mujer que cuidó de él, luego fue su esposa. Los hijos que tuvo, a la larga descubrieron su vida carcelaria y las causas de ella. No por esto hablaron mal del padre ni dejaron de respetarlo; pero cuentan que cierta inquietud se apoderaba de todos, cuando este los invitaba al río. Las autopsias practicadas por M. Baumé a Federico Köhler y a Mudolo fueron rápidas y precisas: los cuerpos, en avanzado estado de descomposición, ameritaban un trato veloz. Las coincidencias que gustan a la vida, arrimaron el día y la hora de las muertes, a lapsos casi inseparables.

Concluyamos. La ausencia sería total. El pueblo, en apenas dos días, había quedado solo. Un sentimiento de desprotección embargaba a la gente, anunciando casi una situación que no tardaría en presentarse y que no poca relación tendría con la imagen de las piernas (aunque por contrastante laceración), la niña y el baúl (por la desdicha que el hurgar sugiere), en la *Venus* de Tiziano. Mudolo vio algo que no debía —asunto imposible, como más adelante demostraremos—: y por ello pagó con su vida, en el supuesto de que el indio, nervioso, con la duda razonable que se debe tener ante el criollo, fuera quien tomara la iniciativa de silenciarlo. Es decir, en el supuesto de que haber visto la escena en el chinchorro, la escena contada, sirviera, justo ella y no otra, para desplegar una venganza. Porque nada impide suponer que Mudolo, así como vio aquella escena pudo haber visto otras, igualmente comprometedoras y causales suficientes —y hasta necesarias, según el caso— de asesinato. Esto quiere decir, imagino, que el indio pudo, a partir de otra situación, ser el asesino. También quiere decir, imagino, que otro, distinto del indio, pudo cometer el delito; porque nadie, que yo conozca —y aun que desconozca—, ha estado jamás en condiciones de otorgar al indio, o a cualquier otro, una licencia de exclusividad sexual sobre mujer alguna. Dirán que la historia recoge ejemplos abundantes que ponen en entredicho mi aseveración. Dirán que el matrimonio es, él mismo, una suerte de licencia, aunque

---

**Él en realidad no la quería, pensaba ella. Solo deseaba su cuerpo, solo verla desnuda, solo tocarla. ¿El amor es eso? Si el hombre que ella en verdad quiso estuviera vivo, jamás habría hecho de nuevo lo que ahora hace. ¿Qué importa este otro, solo importa su virilidad? Una opción era dejarlo, hablar con los padres y terminar con todo. Total, ellos vivían en su casa, la casa de los padres. Nada podía perder si él se alejaba. ¡Qué difícil resulta acostarse con quien ya no quieres! ¡Qué difícil ver su cuerpo! ¡Qué difícil aceptar sus caricias! La vida otra vez te lleva a la nada, al desamparo, a la soledad. Porque los otros, los muchos otros también son nada.*

compartida, de exclusividad. Respondo, sin exponerlos, con los innumerables ejemplos que depara la historia; ejemplos que echan por tierra el poder de todas las licencias y demuestran el efecto contrario que a la larga producen… Esto no quiere decir que si fue otro el autor del delito, la misma mujer sea causa carnal del acto delictivo. Tampoco quiere decir que, aun siendo otro el delincuente, la causa carnal sea distinta. La moralidad queda encargada de determinar si el acto pone en entredicho la dignidad de la mujer, así, en términos genéricos. Me limito a decir que desconozco los límites de la moralidad y que me siento indigno de hacer discursos sobre la dignidad. Por supuesto, existen posiciones encontradas en cuanto al acto delictivo. ¿Quién es, en este caso, el delincuente? Sería fácil decir: «El delincuente es el asesino». A esta respuesta podría hacérsele esta pregunta: «¿No es también delincuente, y acaso más, aquel que espía en casas ajenas y observa aquello que no está destinado a ser visible?». Como semejante pregunta le fue hecha a una respuesta y no a su indeterminado productor, hemos llegado a un callejón sin salida, porque, según me han enseñado, es imposible esperar una respuesta de la respuesta. Por lo tanto… Pero esos detalles lógicos, o de concordancias lingüísticas, son intrascendentes para nuestro problema. Mudolo tenía que ver la escena en cuestión o cualquier otra de esas que escuecen, porque su mandato o destino así lo disponía. Él más que nadie necesitaba ver, sentir, estar en el ambiente, ser parte de un todo y ser todo; ser, si algo así es posible, el pueblo. Aquello que le convenía, que era él, como eso por lo que algo es lo que es; aquello sin lo cual jamás hubiera podido vivir, y que significaba además una bendición y una seguridad para el pueblo, fue a la postre la posible causa de su muerte. L. Q. Q. D.

6

Recuerdos, construcción[29]

Notas de conversaciones de Cancia con Itiel:

1. Yo era una niña… Yo vivía por él, por la felicidad supongo, por lo que se vive cuando se tiene esa edad… Y también entonces, también entonces vivía por ella. Cuando murió mi padre, sentí que el mundo se estaba acabando, que poco o nada quedaba por hacer, que todo era un desastre, un hueco profundo, profundo, profundo. Pero estaba mi madre, hablo de ella tan poco. Me quedaban su protección, su cariño, el recuerdo de mi padre que ella guardaba. Eso creía…

2. Hace años escuché una cosa que papá tocaba en el órgano de la iglesia. Pregunté y me dijeron que era una cosa de un alemán. No recuerdo el nombre. Yo iba siempre a la iglesia con mi padre. Con ella, mi otra madre, iba también algunas veces. El que casi nunca iba era *monsieur* Baumé. No era muy creyente, pero sabía mucho de medicina y era muy bueno, aunque tenía sus historias. Los Cummings, con sus acentos de trinitarios, hablaban gritado todo el tiempo. Yo le tenía miedo al viejo. Era grandísimo y feo, con esas bembas

[29] Los pies de página correspondientes a esta sección son tan largos y numerosos, que deberían contener casi todo cuanto ha sido escrito, arriba y abajo, hasta ahora. Más vale omitirlos y remitir al texto original.

rojas y agrietadas. Estaba siempre en alpargatas. Tenía una bodega. Yo iba corriendo, pedía lo que tenía que comprar y salía corriendo otra vez. El viejo se reía, con su voz gruesota y fuerte, como la de un gigante.

3. Muchos pensaban que Mudolo estaba medio loco. Esa manía de reunir piedritas y de andar solo. Pero nadie salía si antes Mudolo… No quiero hablar de eso… A veces Mudolo conversaba con las mujeres, tú sabes, las que vivían por las afueras, casi desnudas todo el tiempo. Él se acercaba a ellas y ellas se reían de él. Pero le daban comida y le hacían cariños. Yo me la pasaba de casa en casa, porque todos conocían a mi papá y todo el mundo lo quería. Las puertas siempre estaban abiertas. Uno llegaba y se metía. Una vez Mudolo llegó a su casa y se quitó toda la ropa. Yo estaba allí y salí corriendo. Era flaco y largo. No dije nada. Nunca dije nada. Él tampoco.

4. Los Damast eran de pocas palabras. Cuando hablaban, lo hacían bajito, bajito. Uno tenía que poner mucha atención para escucharlos. Papá decía que hablaban para adentro, para ellos mismos. Parece que el cura no pudo oír, cuando uno de ellos se estaba casando. Preguntaba y preguntaba y él respondía: «Sí, la acepto», pero el cura nada que oía. La novia tuvo que decirle que no hablara tan bajito. Desde entonces le dijeron «Bajito». No para molestarlo. Para jugar, diría.

5. Era con el indio. Fue la segunda o tercera vez que me fijé. Siempre tuve mucho miedo y no sabía qué hacer. Sabía que estaba malo, que no era bueno, pero no me atrevía a decirlo. Entonces, un día vinieron Carmen y Darío, mamá y papá, a visitarnos, y se dieron cuenta de que algo estaba pasando conmigo. Carmen, mamá, se dio cuenta enseguida y apenas pudo me sacó a pasear. Allí se lo dije. No sé cómo hice para decirle, pero lo hice. ¡Ella me besó tanto, lloró tanto conmigo! Ella siempre fue desde entonces mi verdadera

madre. Y Darío mi papá. Me adoptaron. Desde entonces soy Bartolomé. Cancia Bartolomé.

6. Después de lo que pasó, ella se fue del pueblo, se fue corriendo por la selva y nunca más la vi. Le tiraban cosas y le gritaban. Entonces Darío y Carmen me llevaron en el hidroavión. Yo era incapaz de montarme en una curiara, después de lo de papá. Y no permití por nada del mundo ir hasta Capure, atravesar el río, para agarrar allí el avión. Ellos esperaron como una semana, creo, hasta que vino un hidroavión y nos llevó a Tucupita. Nunca regresé a Pedernales. Allá está la tumba de mi otro padre. Me dicen que todavía está el letrero con su nombre: Federico Köhler. ¡Si no se hubiera muerto…! ¡Si a Mudolo no lo hubieran matado…! ¡Caramba, Dios mío, la vida se me hizo tan difícil…!

7. Recuerdo que iban a casa. Yo salía para alguna parte: a jugar, a visitar a mis amigas de la escuela, a lo que sea. Cuando llegaba alguno de ellos, yo salía. Papá estaba siempre fuera. Nunca iban todos a la vez: el viejo Cummings, Bajito, *monsieur* Baumé… Iban y se quedaban un rato. *Monsieur* Baumé decía que debía examinar a mamá, el viejo Cummings tenía que vender algo, Bajito no sé con qué propósito. Quien nunca iba era Mudolo. Estaban tiempo en la casa. Mucho tiempo… Ahora puedo decirlo, puedo pensar en aquello. Si papá sabía, nunca dijo nada. En realidad, no puedo decir nada de ellos.

Cuento la huida porque debo comenzar con movimientos. Le lanzan cosas, le dicen puta. Ríen a carcajadas, porque ven cumplida una ruinosa predicción, realizado un pútrido deseo. Hasta Baumé, Cummings y Damast forman parte del grupo. Ella corre, se interna en la selva, los bejucos maltratan su piel, las espinas se clavan en sus muslos. Una, especialmente grande, le lacera una pierna y deja una marca duradera. ¿Por qué huye esa mujer? ¿Qué ha hecho para merecer el desprecio de los lugareños? ¿Puedo decir que cuanto hizo con

quien pronto será señalado, también lo realizó con tres de los que forman parte del grupo insultante: Baumé, Cummings, Damast? No dudo que así fuera. Mas la estricta fidelidad a los hechos, la búsqueda minuciosa de las fuentes originales (esas que nunca existen), debería impedirme deslizar una sentencia que estoy seguro no podré demostrar. Sin embargo, permitámosle a esta sección ser en parte ficticia; aunque la ficción puede no ser tal, si alguien demuestra su falsedad… ¡Silencio! No estoy para juegos. Esto me hiere tanto como a ustedes. Ella estuvo, estuvo con ellos, estuvo con todos apenas podía, y aun cuando no, sin importarle para nada las consecuencias. Ella fue culpable de lo que haría la hija. Ella no merece mis palabras. Merece, eso sí, mi orgulloso desprecio. Cuando menos debió ser sagaz, debió ser sutil… ¡Qué estupidez humana! ¡Qué estupidez…!

Ahora atenúo la velocidad de la escritura. Voy hacia ella, hacia la mujer. No hacia la niña; porque mi conocimiento es tan inexacto (aun el de la mujer), que tocar a la niña sería manchar la plancha, impregnar el grabado con grumos, trazos imprecisos, secciones dudosas, anécdotas propicias para lo inverosímil; sería, en suma, llenar con ficción algo que debe, como corresponde al orden y el buen sentido, ser (o dar la rotunda impresión de ser: ja, ja, ja) realidad. La mujer pudo de niña saltar la cuerda, jugar con amigas, tener muñecas, ir a misa inclusive, si en el lugar en que vivió hubo una iglesia. Pero esto no nos dice nada distinto; nada agrega que explique a la mujer, o acaso a ella nos acerque. Veremos entonces a la mujer, sabiendo de antemano que su infancia no fue distinta de otras ni se mostró merecedora de jugosas memorias. La mujer tuvo siempre preferencias de dudoso juicio. ¿Por qué? Mentiría si asomo algo explicativo. ¿Por qué alguien prefiere el morocoto al bagre, el hombre casado al soltero, la ligera a la grave, la lapa al chigüire? ¿Por qué uno es agnóstico, otro

es ateo y el de allá creyente —aunque dicen que ser ateo es ser creyente—? ¿Por qué si cuando joven preferí a Debussy, ahora me inclino hacia Buxtehude o Pärt? ¿Por qué es mejor el dulce de hicacos…? Aceptemos, sin preguntar ni dudar, la verdad de mis palabras. Joven, demasiado joven, aunque ya mujer, supo del placer y de la agonía que producen las relaciones; supo de las decepciones que todo amor cultiva, de las mentiras que oculta el deseo. Alguien, mayor que ella, le juró una pronta y respetable unión. Ella, temblorosa e intrigada, se ocultó entre matorrales y se dejó poseer. Tres veces fueron formulados los juramentos; tres veces, los matorrales atestiguaron una relación que estaba destinada a la brevedad. Ella fue dejada (¿esperabas algo distinto?) por aquel hombre. Pronto, otros hicieron promesas similares y acciones similares correspondieron a tales promesas. Con el correr del tiempo, la mujer, puedo sentirlo, dejó de creer en las promesas; pero igual deseaba escucharlas; deseaba oír las promesas, no por ellas mismas y menos por el gusto (o disgusto) de captar los cambios de tonos, las formas múltiples que tomaban, según el productor. Para ello sería preciso que hubiera cultivado una capacidad de contornos, semitonos y modulaciones intelectuales que no juzgo prudente concederle. Las deseaba, cada día más y con mayor urgencia, solo por las consecuencias inmediatas que esas promesas traerían. Ella desde entonces estuvo confinada. Nada ni nadie cambiaría su vida. Todo en adelante sería una inútil esperanza, para el otro, si acaso otro se presentaba con un asomo de seriedad; porque ella había perdido toda esperanza; y a tal grado la había perdido, que si alguien o algo (el destino, digamos) le hubiera prometido un renacer, ella, incrédula y sonreída, lo habría rechazado. Menos tarde de lo esperado, según el parecer, las promesas fueron relegadas, para en su lugar dejar espacio, solo, sin cultivo, al deseo; y al viril deseo,

con deseo, respondió la mujer. Federico Köhler jugó sin tener las piezas que, cuando menos, crearan una lejana posibilidad de triunfo, pero creyó poder triunfar. ¿Es acaso culpable la mujer de que un hombre espere de ella aquello que no debe? Si Federico Köhler hubiera perdido menos tiempo en mares desconocidos y en pescados exóticos, que poco o nada dicen de la sutil red de relaciones, dudas, mentiras, felicidades, creencias, que conforman la vida de los hombres; si su mente, primero ingenua y religiosa, luego marinera y al final religiosa fanática, hubiera hurgado esos lugares de la condición humana que nunca se exhiben pero que jamás están del todo ocultos, habría sabido de inmediato que su relación estaba destinada a lo no duradero, que el gusto que obtendría con ella sería fulgurante, pero breve y sin futuros necesarios. Ella se fue a vivir con él, le dio una hija, le dio placeres, cierto. Pero hasta allí podía. Esa mujer estaba prevista para otras evoluciones del destino; no para el matrimonio, la fidelidad o el tedio maternal.

¿Entonces…? Duda, angustiosa duda que aleja al meditante de la vereda fácil, transitable, tranquila. Mundo de lo inasible, del quizá mercúrico. Cambiante y verdadero mundo. Debo reconocer: a ello me llevan mis palabras; por más que me duela hacerlo y desee negarlo, debo reconocer que ella fue sincera, más sincera que muchas mujeres, más mujer que la mayoría, más ser humano que cualquiera de nosotros. Debo reconocer, también, que actuó, compacta, sin contradicciones, siguiendo el vigoroso impulso que guio su vida desde tiempo antes de vincularse con Federico Köhler. Me inclino ante ella y beso sus manos. Me acerco y beso sus besadas mejillas. Sí, es verdad, estuvo con el indio (al fin puedo mencionarlo), una y cien veces estuvo con él, una y cien veces lo disfrutó, se dejó gustosa poseer en el chinchorro, penetrada siempre desde atrás, como observó Mudolo, como

vería Cancia: sus ojos, desde entonces, con la marca eterna del pene en su sorprendente posición inicial de reposo y en la siguiente, casi inmediata, de ágil y dispuesta virilidad; su gusto señalado para siempre a fuerza de fogonazos sexuales en la tierna mente; su vida completa forjada en dos o tres instantes de ajeno goce. Todo eso es cierto. Pero también es verdad que aquellos actos, envidia de la gente, carencia de cobardes, constituyen una de las más firmes demostraciones de plenitud que la historia haya conocido, tal vez el homenaje más sincero al contacto humano de que tenga noticias esta, sin dudas la revelación más fiel del duradero, incensivo y fecundo misterio del sexo que ella misma cultiva. Te amo, yo, que solo escribiéndome puedo escribirte. Admiro tu entereza, tu vigor, tu búsqueda sin treguas de esos profundos y escondidos lugares del placer, que ordena conseguir la mente primordial… El resto, parte de él, lo saben.

7

Clavellina, en el día, huele a mango

Coporito, La Horqueta, Cocuina, Clavellina y San José, entre otros, son pueblos tan parecidos, que si alguien mudara de uno de ellos a sus habitantes mientras duermen, estos, al despertar, jamás pensarían que están en un lugar distinto de aquel en que tomaron el sueño, de suerte que continuarían, como si nada hubiera pasado, el fáctico ritual de la vida: sentarse en una silleta en la puerta de la casa (esta, frente a la carretera, el malecón y el río), bañarse en el río, comer y tomar, meterse en el monte con alguna muchacha, escuchar canciones mexicanas o colombianas[30]. Digo todo esto porque voy a proponer

[30] Esto quiere decir rancheras y vallenatos. Olvidamos (o desconocemos) la variedad enorme que implica referirse a la música de México y Colombia. Igual, cuando hablamos de música venezolana solo recordamos (o conocemos) el joropo y pocas variantes de los llanos, perfectamente iguales, por otra parte, a la música llanera colombiana.

**No es correcto dudar ni estar con reclamos innecesarios. La vida tiene un fin más útil. Allí está, en su memoria, aquella cita que el francés le leyó. Debe recordarla, y comprenderla. Pero comprenderla para actuar. Ya basta de reflexiones. Ahora, hay que actuar. Y así, el hombre comenzó a actuar. En cualquier reunión, con conocidos o sin ellos, hablaba y hablaba de los cambios posibles, de la miseria que* es *la vida cuando carece de un propósito y cuando quienes la viven son incapaces de tomar decisiones trascendentales. ¿Por qué seguir humillándonos? ¿Por qué no dar el paso justo y*

una hipótesis sobre la llegada de Tido Freites a Clavellina y su decisión de quedarse meses y acaso años en ese pueblo. Esta hipótesis reconoce la posibilidad que tuvo el viajero frenético de haber llegado a un sitio con nombre distinto al de Clavellina, o de haberse ido al poco tiempo de amarrar su curiara en los barrancos del pueblo mencionado. ¿Por qué entonces llegó a Clavellina? ¿Por qué se quedó? Vayamos a la hipótesis. Un hombre del Delta es apto para reconocer olores; presiente la fregosa, el culantro, el caimán, en los aromas que trae el aire; a leguas, olfatea el chigüire de carne rizada, el manatí, la culebra y la bora; el baño del laulau, más que por el sonido del golpe contra el agua, lo capta por el olor que expele este mientras está en el aire[31]. Tido Freites, una vez alejado de la mujer sin nombre: la mirada fija en un punto del horizonte, el cambio de ropas, la ida en la curiara, se dejó perder por los múltiples caños. ¡Cuánto pasado! ¡Cuántos olores! La plaza Bolívar, bajo las aguas (paisaje de fiebre y humedad: los apetecidos, los inaccesibles caño y calle Manamo). La casa blanca, limitada con flores (él, casi desnudo, sentado frente a la casa: el olor de ella, el olor del río y de los barrancos, de los frutos, del monte, de las flores; el llamado silente, la huida imperiosa). Antes de ese pasado, ¿cuál otro te pertenece, Tido

---

terminar con todo? *¿No eran ellos*, *pobladores de una ciudad carente*, *los más indicados para dar el gran cambio*? *La mujer*, *más que un apoyo o un deseo*, *era una molestia ahora*. *Deseaba terminar con ella*, *dejarla para emprender su tarea memorable*. *Pero dejarla era dar fe de un gran fracaso*: *y nadie puede hacer lo que él debía hacer*, *comenzando por un fracaso*. *Estaban también los rumores*: *la vieron en tal sitio*, *la vieron con un tipo*. *Los rumores pueden enloquecer a cualquiera*; *pero Tido*, *debes saberlo*, *no estaba dispuesto a enloquecer*.

31 El laulau, bagre exquisito, vive en aguas dulces y profundas. Su carne, blanca, delicada, es más fina y sana que la de cualquier otro pez, convencional o no. De vez en cuando, el laulau salta en el agua, como un delfín. Los deltanos dicen que se está bañando.

Freites? Antes de esos olores, ¿cuáles…? Tido Freites es la incógnita que todos suponemos llevar; y que sin embargo está previa a nosotros, mas nunca, definitivamente, en nosotros; algo tan huidizo como la corriente del río (magnífico Manamo), pero que nos da consistencia, permite estar acá, caminar como lo hacemos, relacionarnos de esta manera, vivir pensando en aquello, oscuro y expansible, que no podemos señalar ni nombrar.

Clavellina, en el día, huele a mango[32]. El olor a mango atrajo a Tido Freites; le recordó la mujer sin nombre, la casa abandonada, el patio, el amor, los mejores sancochos. Por el mango, Tido se detuvo en Clavellina: su primer destino memorable, luego de abandonar a la mujer sin nombre, la que gozaba de una marca sin excesos en cierto lugar poco olvidable de su preciado cuerpo: ¿acaso la señal de alguna espina inadvertida, durante una carrera por el flexible, saturado monte…?

Armar un rompecabezas es la orden. ¿Qué debemos hacer para crear la estadía de Tido Freites en Clavellinas? ¿Le damos un oficio, un trabajo de capataz acaso? ¿Lo ponemos en contacto con el francés aquel que, luego de ser salvado por una mujer, tuvo hijos con ella y una hacienda de cacao en Clavellina…?[33]. ¿Por qué uso el plural, si tal vez el único destinatario de estas historias sea yo, cualquier

---

[32] «Puebleando» es una canción de Eudes Balza, compositor deltano, sembrador de familias. Su voz grave, satinada, recorre la memoria de los habitantes de aquellas islas, quienes repiten sus canciones tal vez sin saberlo. «Clavellina, en el día, huele a mango», es un verso de la canción de Balza. Muchos años separan la decisión tomada por Freites de la factura de este verso. La noche esparce los olores, siempre. Si durante el día, Clavellina huele a mango, en la oscuridad su aroma, el del jobo y el de los malabares, satura el pueblo y los sitios cercanos.

[33] Veamos, por favor, la nota 28.

yo? ¿Quién escribe o lee para otro que, en última instancia, no sea él mismo, en sus frondosas manifestaciones? Es decir, ¿quién escribe para comunicarle a un tercero lo que sea, si en el mismo transcurso de la escritura el que la hace comienza a dejar de existir como tal y pronto será otro, intrigado él mismo por conocerse, por recordarse en aquel texto ya finalizado, por juzgar lo escrito, y a la vez temeroso de hacerlo? ¿Quién le cuenta a alguien? ¿Quién, como escritor o narrador, para diluir el posible sujeto o hacerlo más volátil, interactúa con alguien diferente de sus muchos representantes forjados por él mismo: cuasisujetos tan poderosos, sin embargo, que le advierten al conductor caminos posibles y hasta le marcan, qué desparpajo, pautas a seguir. Y todo hecho con tal sagacidad, que si te descuidas el conducido pareciera ser y hasta se convierte en el que conduce; que la orden, mediante una inversión maestra, pudiera ofrecer y cumplir la apariencia de venir desde otros, sin presión pero sin opción, hacia el que se supone es ordenante, en una suerte de hacedora reflexión primaria que se enmascara como secundaria? Siento, por momentos, que el texto se aleja de mí, que soy un extraño, inescrupuloso visitante que viene a tomar algo que ya está. Sin embargo…, ¿es posible y honesto dejar de escribir?, ¿son válidos el silencio, la fuga, el escondite?, ¿no hay siempre alguien, más allá de nuestras reflexiones y pequeñeces, a la espera de un mensaje: ese, inevitable, imprescindible, que tal vez nunca llegue?[34].

[34] Un texto sin lector es como un lienzo abovedado. El lector da significación al texto, descubre aquello que el autor jamás podría descubrir; añade vida, la suya, la de su entorno, a lo escrito; crea la obra, dándole variantes inéditas, aunque, en estado de hibernación, ya presentes en ella. ¿Existe obra sin lector? ¿Este texto podrá vivir sin llegar al destinatario? Sin embargo:

El río de noche, aun el caño Cocuina, sobre todo durante cierta fase de la luna, parece un bosque oscuro: árboles inexistentes obstaculizan el navegar, la niebla semeja ser un manto, el grito de los animales nocturnos se oye en la boca del oído, el negro canalete pareciera hundirse en un abismo. A veces, el navegante observa tenues puntos de luz vibrante que le indican la rivera y el poblado cercano. Así

«El Emperador —así dicen— te ha enviado a ti, el solitario, el más miserable de sus súbditos, la sombra microscópica ante el sol imperial que ha huido a la más distante lejanía; justamente a ti, el Emperador te ha enviado un mensaje desde su lecho de muerte. Hizo arrodillar al mensajero junto a su cama y le susurró el mensaje al oído. Tan importante le parecía, que se lo hizo repetir. Asintiendo con la cabeza, corroboró la exactitud de la repetición. Y ante la muchedumbre reunida para contemplar su muerte —todas las paredes que interceptaban la vista habían sido derribadas, y sobre la amplia y alta curva de la gran escalinata formaban un círculo los grandes del Imperio—, ante todos, ordenó al mensajero que partiera. El mensajero, un hombre robusto e incansable, partió en el acto. Extendiendo primero un brazo, luego el otro, se abre paso a través de la multitud. Cuando encuentra un obstáculo, señala sobre su pecho el signo del sol. Adelanta con más facilidad que ningún otro. Pero la multitud es inmensa y los alojamientos son infinitos. Si ante él se presentara el campo libre, cómo volaría, qué pronto oirías el glorioso sonido de sus puños contra tu puerta. Pero, en cambio, qué vanos son sus esfuerzos. Aún está abriéndose paso a través de las cámaras del palacio central. No acabará de atravesarlas nunca. Y si lo hiciera, no habría adelantado mucho: todavía tendría que esforzarse para descender las escaleras. Y si lo consiguiera, tampoco habría adelantado mucho: tendría después que cruzar los patios y más tarde el segundo palacio circundante, y nuevamente las escaleras y los patios, y otra vez un palacio, y así durante miles de años. Y cuando finalmente atravesara la última puerta —pero esto nunca, nunca podrá suceder— le faltaría aún cruzar la capital, el centro del mundo, donde su escoria se amontona prodigiosamente. Nadie podría abrirse paso a través de ella, y menos aún con el mensaje de un muerto. Pero tú te sientas junto a tu ventana —y te lo imaginas— cuando cae la noche» (Kafka, «Un mensaje imperial»).

vio Tido Freites, por primera vez, Clavellina; pero antes de verla, apenas puntos de luz en las tinieblas, sintió un fresco olor a mango maduro que le subyugó: aquella mujer, tantas veces amada; aquella ida, sin motivos precisos; aquel abandono de la casa encalada. ¿Qué buscas, Tido Freites? ¿Qué haces tan lejos de los lugares y la mujer que amas? ¿Quién, en este pueblo desconocido, aún sin nombre para ti, te acogerá? ¿Volverás acaso a sentir una caricia, una verdadera caricia?

Clavellina nunca fue grande; siempre tuvo poquísimas casas, escasas calles y algunos pobladores que se dedicaron a la siembra, a la pesca y a la cría. Hacia la selva, de espaldas al caño Cocuina, surgen las haciendas de cacao: y en una de ellas vive el francés con la mujer que lo salvó. La casa no es pequeña ni está negada a las comodidades: la letrina siempre está limpia, el piso de cemento jamás necesita más kerosén para brillar, las sillas de cuero son sencillas y cómodas, los muebles de paleta siempre relumbran, la mesa de comer nunca es visitada por las moscas, los hijos del francés y la mujer son educados y silenciosos. Hay una parte especial en esa casa; la parte que de alguna manera perderá a Tido Freites, aunque paradójicamente, asimismo le ayudará. Se trata de dos vitrinas con algunos libros, algo que el futuro capataz nunca había imaginado. ¿Libros…? ¿Para qué libros?

Tido pidió consejos a los habitantes de Clavellina; les dijo que buscaba trabajo, algo que hacer, cualquier cosa, y todos le recomendaron ir donde el francés. No me pregunten por qué ese francés le dio trabajo y menos por qué lo nombró su capataz. Pero es un hecho irrefutable que el mismo día que hablaron, Tido quedó contratado para cuidar la hacienda y vigilar a quienes en ella trabajaban recogiendo y secando cacao. Era fácil el trabajo, aunque ameritara enormes caminatas entre matas de cacao y algunos regaños a trabajadores

negligentes. No creo en los grandes cambios ni en las salvaciones apoteósicas. Pero si llego a negar que Tido, hombre dado a la más absoluta inmovilidad, salvo en contadísimos momentos, acaso ejemplo digno del ser de algún filósofo[35], no cambió durante su estadía en Clavellina ni se ocupó de asuntos que poco tiempo atrás habría eludido con valentía, estaría mintiendo. Tido fue, en realidad, un empleado modelo incapaz de ver con lujuria a la mujer del francés, aunque no estaba nada mal en aquel momento, ni de desear obtener más de lo que ganaba, salvo que fuera el producto de un esfuerzo extra; esfuerzo que algunas veces el francés le solicitaba, no sin convenir de inmediato la remuneración que implicaría, y que casi siempre consistía en acompañar a la familia cuando deseaba tomar un baño en el río, ya que el francés, por alguna razón que Tido desconocía, pocas veces

---

[35] Esto puede ser tremebundo, aunque no debería usar ese verbo existencial. «Es menester decir y pensar que el ser es, pues es posible que él sea, pero la nada [no ser] no es posible», dice Parménides. Otros preguntaron: «Si todo es ser, ¿cómo vamos a explicar otras cosas, el cambio, por ejemplo?». Alguien respondió que el no ser es, es decir, que nosotros, que en verdad no somos, porque somos copia, sin embargo y en cierto sentido somos. ¡Viva el racionalismo! Así, Tido Freites es, aun cuando se encuentre cuidando cacao en una hacienda de Clavellina.

**Los dos estaban cada vez más separados. Él estaba pendiente de los cambios que debía realizar, de los ajustes necesarios para incitar la llegada del glorioso porvenir que a todos esperaba. Ella estaba pendiente de huir, para no ver a Tido Freites ni dejarse tocar por él. Así, iba e iba con frenética insistencia a los amantes: incultos algunos, sudorosos y ebrios otros, incapaces de dar una caricia sincera, solo pendientes de su cuerpo, de meterle el dedo, de meterle la verga. ¿Por qué él cambió? ¿Por qué no la siguió amando con aquel gusto de los primeros días? ¿Por qué esos pensamientos y esas conversaciones sobre asuntos a todas luces imposibles? ¿No era más fácil tener un trabajo otra vez, antes que decir palabrotas sobre la explotación, el uso de la mano de obra, la familia como esclavitud? ¿Ella era su esclava, acaso…?*

iba al río con la mujer y los hijos; y cuando lo hacía, Tido no era capaz de imaginar por qué (entre otras cosas porque nunca pudo ver la escena) estos se mostraban intranquilos. Pero olvidemos esa parte. El francés fue un caballero el resto de su vida: ordenado, meticuloso, lector por momentos, no dado al gasto ni tomador, buen padre, buen marido, vecino respetable, es decir, alguien ya sin historia.

Las vitrinas y los libros. Una tarde Tido fue a presentarle cuentas al francés y lo encontró leyendo, sentado en una silla de paleta. El francés marcó la página con una hoja doblada, cerró el libro y lo colocó, con la portada hacia arriba, sobre la mesa de paleta. Tido no pudo evitar leer el título: K. Marx y F. Engels: *Obras escogidas*. El francés se dio cuenta del interés —o asombro— del capataz y le dijo que sería prudente que alguna vez recorriera algunas páginas de ese libro. Él, que era un hombre librepensador, podía no estar de acuerdo con el contenido de todos los volúmenes, porque eran tres, pero le parecía que algunos puntos de vista de esos filósofos, porque eran filósofos, si Tido no lo sabía, encerraban verdades profundas. Por ejemplo, le dijo, en lo que tiene que ver con la división del trabajo, «escuche esto». El francés tomó el libro, buscó una página perfectamente subrayada, y leyó:

> Con la división del trabajo, que lleva implícitas todas las contradicciones y que descansa, a su vez, sobre la división natural del trabajo en el seno de la familia y en la división de la sociedad en diversas familias opuestas, se da, al mismo tiempo, la distribución y, concretamente, la distribución desigual, tanto cuantitativa como cualitativamente, del trabajo y de sus productos; es decir, la propiedad, cuyo primer germen, cuya forma inicial se contiene ya en la familia, donde la mujer y los hijos son los esclavos del marido. La esclavitud, todavía muy rudimentaria, ciertamente, latente en la familia, es la primera forma de propiedad, que, por lo

> demás, ya aquí corresponde perfectamente a la definición de los modernos economistas, según la cual es el derecho a disponer de la fuerza de trabajo de otros. Por lo demás, división del trabajo y propiedad privada son términos idénticos: uno de ellos dice, referido a la actividad, lo mismo que el otro, referido al producto de esta.

Tido quedó asombrado y durante la noche no hizo otra cosa que repetir ciertas palabras: distribución, desigual, derecho a disponer de la fuerza de trabajo de otros. Entonces, ¿el francés lo estaba usando, disponía de él? Él estaba seguro de que trabajaba más que el francés, al menos en estos momentos; pero asimismo sabía que tenía menos que el francés, porque la propiedad no era suya sino del francés. Y para colmo de males, ni siquiera estaba casado. ¿Y si todo esto quería decir que él, Tido Freites, libre todo el tiempo, ahora era esclavo del francés? También era cierto que el francés era un buen hombre, le pagaba lo justo… ¿Le pagaba lo justo o le pagaba para usarlo y hacer de él un vulgar esclavo? Y si vamos más lejos, ¿él tenía un precio? ¿Cuánto vales, Tido Freites?

A las pocas semanas de aquel razonamiento memorable, el francés le pidió a Tido que llevara al río a la familia. Tido le contestó que esta vez no había ninguna posibilidad de llegar a un acuerdo económico, porque él, en realidad, no estaba dispuesto a vender su tiempo tan preciado; y que si no le decía malas palabras por su solicitud, era en beneficio de una relación que, aunque desigual absolutamente, había tenido al menos la virtud de haberse mantenido en términos de mutuo respeto, si se puede llamar mutuo respeto el usar su fuerza de trabajo como si él fuera propiedad del francés. El francés debía saber que, en lo sucesivo, Tido no estaba dispuesto a seguir trabajando sin ser una parte de la sociedad, es

decir, sin tener una parte de la propiedad del francés (parte material por supuesto, aclaró Tido, quien en verdad no pensaba en nada espiritual ni en el tipo de materia que contenía ese espíritu, aunque, como ya lo hemos dicho, no estaba nada mal) y que si no llegaban a un acuerdo satisfactorio él dejaría de inmediato el trabajo y se marcharía de aquella hacienda, sitio en el que durante tanto tiempo no habían hecho otra cosa que reducirlo en lo personal a la condición de esclavitud.

De más está decir que Tido Freites abandonó la hacienda del francés, volvió a su curiara, tomó el canalete y por el caño Cocuina se dirigió al Manamo: si el francés se arrepintió o no de haberle leído al capataz ahora errante aquel fragmento, es algo de lo que no tenemos conocimiento. Pero pueden estar seguros de que Tido Freites cambió, otra vez, que acaso fue el primero de nuevo, aquel hombre más dado a los placeres que al trabajo, pero ahora con la terca voluntad de decir sus palabras y de revisar minuciosamente, si llegaba a encontrarlos, aquellos volúmenes.

8

Ella, en Tucupita

Les advierto que Tucupita es una ciudad perfectamente inolvidable y hasta indigna de algún desaire. Sus habitantes, jubilosos y parranderos, son desenfrenados en todas las actividades, menos en el trabajo. Sus mujeres son bellas, es cierto, pero al igual que los hombres carecen de cierta disciplina corporal y anímica que solo se consigue en lugares donde el movimiento social es más complicado, para no decir más refinado. Todos en Tucupita viven en una eterna espera, es decir, viven esperando el momento exacto de la quincena: y entretanto dan vueltas y vueltas por la ciudad, saludan al vecino o hablan mal de alguien, engañan al de la calle aquella, murmuran para sí mismos, toman en cualquier bar, huyen hacia el monte con alguna mujer. Esto no quiere decir que desde un punto de vista moral la ciudad sea objetable. Sostengo que Tucupita es inobjetable desde cualquier punto de vista. He conocido a seres que luego de vivir en ella son poco aptos para moverse en otros círculos y cuando tienen que hablar de la ciudad lejana, sus palabras son dulces y la mirada se les pierde como sucedía en aquellas tardes deliciosas, a orillas del caño Manamo. Un joven, por ejemplo, vaga por la ciudad en bicicleta, visita al amigo y pasa mil veces por la calle donde está la casa prohibida, la casa de la muchacha que ama para siempre. Ese mismo muchacho, a los pocos días, pasará mil

veces por otra calle y querrá para siempre a otra muchacha. Un respetable padre de familia dueño de un digno negocio, por ejemplo, hará todas las maromas necesarias para capturar al joven que, con cierta prestancia, la única posible en una sociedad poco cultivada, pasa de vez en cuando frente a su negocio. Si el negocio es una bodega, seguramente lo invitará a tomar un refresco; si es una farmacia, estará atento a cualquier síntoma de malestar que presente, para regalarle la medicina necesaria; si es una sastrería, averiguará la fecha de su cumpleaños para hacerle la camisa y el pantalón más elegantes del pueblo. Una digna mujer, madre sin máculas, por ejemplo, aprovechará el carnaval para disfrazarse de negrita y huir, en medio del templete, con aquel joven que le gusta tanto. Y la muchacha más cuidada, el centro de todos los mimos, nunca desaprovechará la oportunidad para acostarse con el marido de la mejor amiga de su familia. Así es Tucupita, en cuanto a sus habitantes y a las relaciones que se establecen entre ellos. Y en esto no es distinta de cualquier otra ciudad. Cambiemos al bodeguero, al farmaceuta y al sastre, por un ejecutivo. Cambiemos a la señora disfrazada de negrita por la que asiste a ilustres recepciones, en los clubes más sofisticados. Cambiemos las caras y los cargos y veremos que todo siempre es igual. Dejemos a la muchacha más cuidada y al muchacho de la bicicleta. Ojalá nunca cambien. Dejemos el jolgorio y la alegría desenfrenada. Quizás alguna vez alguien trabaje; es decir, quizás alguna vez Tucupita sea esta, la que he dibujado, con todas sus virtudes y defectos, pero con la voluntad de crecer que tuvo hace años, cuando Cancia Bartolomé, siendo una niña, llegó a ella.

Parece necesario decir algunas palabras sobre la estructura de la ciudad y sobre el paisaje. Tucupita es un rectángulo

perfecto[36]; sus calles son absolutamente paralelas y, por lo tanto, también son perpendiculares; está a orillas de un río, llamado Manamo, y sobre una isla, llamada Tucupita[37]. El sol se pone sobre el río, hacia la derecha, donde este se bifurca, y la luz roja baña el malecón y las casas que están en la calle Manamo. También baña, por supuesto, la iglesia donde Federico Köhler tocó el órgano, durante el matrimonio de Carmen y Darío: Cancia observando entonces, la niña Cancia[38]. La lluvia se presenta todo el año, a veces de improviso, y así como llega puede irse o puede quedarse por semanas. Si estás a orillas del Manamo y ves hacia la izquierda, hacia donde el río dobla y se pierde, es posible que observes un chubasco viniendo hacia ti. Tal vez no tengas tiempo de guarecerte. Pocos resisten los zancudos, a las seis de la tarde. Por eso, hay que ver el crepúsculo justo hasta esa hora, luego correr a casa y, si es posible, encerrarse en un cuarto hasta las siete. Los jóvenes caminan por el pueblo a esas horas. Caminan, cantan y ríen. Ellos no saben de zancudos.

Cancia está en Tucupita. Hurguemos en el baúl.

Lo primero es manejar los límites. No es bueno para esta historia hablar de Cancia niña, recién llegada y estrenando

---

36 Hablo de la ciudad que Cancia conoció; no de la ciudad de ahora.

37 El Delta son islas: Coporito, Manamito, Tucupita… Casi todo deltano es un isleño.

38 Una norma de cierta escritura supone que cuando se nombra algo se lo hace de una vez con plenitud. Dejar para luego un rasgo, un boceto que pudo señalarse antes, constituye un error garrafal. Confieso que en su momento olvidé decir el nombre de la iglesia de Tucupita, por otra parte, la única existente durante la vida de Cancia, en el nunca negado supuesto de que ella haya muerto. Esa iglesia siempre ha sido llamada de San José de Tucupita.

apellido. Eso no nos aportará nada. Prefiero presentarla a los quince años, ya robusta, sus formas naciendo con vigor, sus piernas buscando el parecido exacto con las de la madre, pero sin ninguna señal en parte alguna[39], sus senos ya formados, ni excesivos ni escasos. A esa edad Cancia, como es costumbre en Tucupita y en todas partes, ya ha tenido varios amoríos y experiencias no del todo saludables: alguien que la toma, le hace el amor y luego le retira la palabra; alguien que solo siente placer cuando ella se lo mama. Mas ha tenido otras que le han descubierto su verdadera pasión, su verdadero goce: alguien, una tarde, la hizo ponerse en cuatro y se lo metió por detrás; alguien, otra tarde, le hizo probar el uso del chinchorro: ella de lado y él por detrás. En esos momentos nació Cancia al amor; y pronto le dijo a Itiel, la amiga preferida, la única amiga en realidad, que probara esas posiciones. Itiel, suponemos, estuvo de acuerdo, porque la siguiente vez en que se encontraron, una amplia sonrisa visitaba su rostro.

Los padres de Cancia, Darío Bartolomé y Carmen de Bartolomé, la mimaban hasta lo último; sus vidas, en realidad, giraban en torno de ella. Cancia era perfecta, saludable, bella. Por ello nunca pudieron darse cuenta y ni siquiera sospecharon de las salidas de Cancia con tantos hombres como le era posible. Itiel ideaba paseos por el campo que

---

[39] Es por demás conocido que todo relator es un malvado y que señalar apenas, dejar algo en suspenso, en un extraño poder ser, generalmente mueve al lector a forjar relaciones acaso inexistentes. (Hay relaciones por semejanza, por contigüidad y por causalidad, sostiene Hume.) No me es dado juzgar en este caso sobre la existencia de una conexión; tampoco, sobre la inexistencia. Es posible también que un lector no capte relación alguna, lo que no implica que sea menos agudo que otro. En todo caso, reviva la segunda parte de «Recuerdos, construcción» y dígame cuál es la relación, en el supuesto caso de que exista. Todo relator es un malvado. Estará de acuerdo conmigo si relee «La otra vida de Tido», segunda parte.

terminaban siempre en alguna cama o en el monte cómplice. La vida era sencilla. Salir, amar, ayudar a la madre de vez en cuando, ver el crepúsculo, sentir la piel vibrar. Sin embargo, a veces Cancia caía en largos silencios. Entonces Itiel se le acercaba, acariciaba su cabello rojizo y ella, Cancia, lloraba. Así, durante esos momentos, Itiel supo sobre el pasado de Cancia, su vida en Pedernales, el padre ahogado, la madre adúltera, el indio con su verga hacia arriba, Mudolo desnudo, los nombres ingleses y franceses que frecuentaban la casa de la madre:

«Yo era una niña… Yo vivía por él, por la felicidad supongo, por lo que se vive cuando se tiene esa edad… Y también entonces, también entonces vivía por ella. Cuando murió mi padre, sentí que el mundo se estaba acabando, que poco o nada quedaba por hacer, que todo era un desastre, un hueco profundo, profundo, profundo. Pero estaba mi madre, hablo de ella tan poco. Me quedaban su protección, su cariño, el recuerdo de mi padre que ella guardaba. Eso creía…».

Itiel quiere besar el cabello de Cancia:

«Muchos pensaban que Mudolo estaba medio loco. Esa manía de reunir piedritas y de andar solo. Pero nadie salía si antes Mudolo… No quiero hablar de eso… A veces Mudolo conversaba con las mujeres, tú sabes, las que vivían por las afueras, casi desnudas todo el tiempo. Él se acercaba a ellas y ellas se reían de él. Pero le daban comida y le hacían cariños. Yo me la pasaba de casa en casa, porque todos conocían a mi papá y todo el mundo lo quería. Las puertas siempre estaban abiertas. Uno llegaba y se metía. Una vez Mudolo llegó a su casa y se quitó toda la ropa. Yo estaba allí y salí corriendo. Era flaco y largo. No dije nada. Nunca dije nada. Él tampoco».

¿Quién era Mudolo, con ese nombre tan raro y ese deseo de estar sin ropas? ¿Vendrá de allí el gusto de Cancia, el gusto del que luego hizo un acto cotidiano, cuando los padres la

dejaban sola en la casa y ella metía a sus hombres, siempre con ayuda de Itiel, hombres a los que esperaba desnuda en la cama? ¿O después, cuando ya casada escapaba de casa, se metía en otra y esperaba al dueño, desnuda, en la cama?

«Era con el indio. Fue la segunda o tercera vez que me fijé. Siempre tuve mucho miedo y no sabía qué hacer. Sabía que estaba malo, que no era bueno, pero no me atrevía a decirlo. Entonces, un día vinieron Carmen y Darío, mamá y papá, a visitarnos, y se dieron cuenta de que algo estaba pasando conmigo. Carmen, mamá, se dio cuenta enseguida y apenas pudo me sacó a pasear. Allí se lo dije. No sé cómo hice para decirle, pero lo hice. ¡Ella me besó tanto, lloró tanto conmigo! Ella siempre fue desde entonces mi verdadera madre. Y Darío mi papá. Me adoptaron. Desde entonces soy Bartolomé. Cancia Bartolomé».

¿Por qué la vida cambia? Mejor dicho, ¿por qué cambia algo que parecía perfecto, que le dio a Cancia los mejores momentos en la niñez, cuando Federico vivía, para luego romperlos y dejar un pesado recuerdo que nunca la abandonó?

Ahora debo contar, con detenimiento, lo que nadie debería. El indio, luego de la muerte de Federico, volvió a la casa de la mujer: y lo hizo con tanta frecuencia, que sucedió lo inevitable. Una, dos, tres veces, Cancia sorprendió al indio y a la madre haciendo el amor. ¿Qué hacer, tan escondida que ni siquiera el indio pudo darse cuenta de su presencia? ¿Con quién hablar, si en realidad debía hacerlo? ¿Volverían alguna vez?, ¿Darío y Carmen volverían?

Ella era una niña. Ella, hasta hace poco, vivía para la felicidad: para su casa, las calles, la iglesia, los vecinos; para querer al padre y admirarlo. Ahora vivía para la espera, para relatar una historia imposible, para decirle a Carmen lo inaceptable.

La niña y Carmen están paseando por el pueblo. Carmen la toma de la mano, le acaricia el cabello, sabe que ella debe

decirle algo, que la niña está triste y nerviosa, para notarlo no hay que ser una experta. Darío le dijo a Carmen que ya era tiempo de visitar a Cancia y a la madre, que le debían al menos esto a Federico, el amigo muerto, y un sábado salieron de Tucupita para Pedernales, temprano, casi de madrugada: la niebla sobre el río, la humedad en la vegetación, el sol apenas sospechado en la espesura de la selva, el caño inmenso, agua sobre agua y dentro del agua, la curiara con rumbo a Pedernales, Carmen y Darío en silencio, respetando la selva, el canto de los pájaros, el salto de los peces, el sol que ahora parece subir y atrapar el cielo, que borra la niebla, satura los colores y resplandece sobre tanta agua.

Apenas llegaron Carmen se dio cuenta, le hizo una señal imperceptible para otros a Darío, le dijo a Cancia que le enseñara el pueblo, que pasearan un rato y Cancia supo para qué salían, y cuando Carmen la tomó de la mano y le dijo «querida niña», ya ella sabía, ya ella no podía seguir en silencio y allá, cerca de la iglesia, se puso a llorar. Debes tener calma, mi muchachita, le dijo Carmen, y Cancia recordó al padre, recordó sus labores dentro de la iglesia, recordó el órgano, su perdida felicidad y juró que jamás volvería a Pedernales, que Carmen y Darío serían sus padres, costara lo que costara, y entonces, solo entonces Carmen escuchó la historia del indio.

Carmen y la madre de Cancia, se encerraron en un cuarto de la casa. Darío aguardó afuera, en una silla y en silencio, con la niña sentada en sus piernas. Si Carmen dijo algo, eso que dijo no fue revelado. Acaso le dijo a la mujer que ellos se quedarían con Cancia, Carmen y Darío, y que ella podía quedarse en Pedernales pero que jamás vería nuevamente a la niña. Acaso le dijo que era indigna de Federico Köhler y de la hija que tuvo con él. Acaso no le dijo nada de esto. Acaso la madre de Cancia entendió apenas vio a Carmen. Acaso le propuso que

ellos se llevaran a la niña, que así era mejor para todos, que ella se quedaba en Pedernales, que no era necesario que se vieran otra vez. Acaso ni ella ni Carmen hablaron. Acaso el silencio fue suficiente.

«Después de lo que pasó, ella se fue del pueblo, se fue corriendo por la selva y nunca más la vi. Le tiraban cosas y le gritaban. Entonces Darío y Carmen me llevaron en el hidroavión. Yo era incapaz de montarme en una curiara, después de lo de papá. Y no permití por nada del mundo ir hasta Capure, atravesar el río, para agarrar allí el avión. Ellos esperaron como una semana, creo, hasta que vino un hidroavión y nos llevó a Tucupita. Nunca regresé a Pedernales. Allá está la tumba de mi otro padre. Me dicen que todavía está el letrero con su nombre: Federico Köhler. ¡Si no se hubiera muerto…! ¡Si a Mudolo no lo hubieran matado…! ¡Caramba, Dios mío, la vida se me hizo tan difícil…!».

Comienza otra historia, la historia de la segunda muerte, la del único amor que Cancia tuvo[40]. Él vivía por el caño Macareo y era aventurero. Unas veces pudo ser asesino, aunque no existe ningún documento que lo pruebe; otras, depredador de tierras ajenas, aunque tampoco hay constancia de ello. Fue Eugenio Angarita, pongámosle tal nombre, dado a lo que venga, como Tido Freites, propicio al amor, apto para engañar si era necesario. Angarita era temido, en los caños, en Tucupita; su nombre levantaba murmullos y más de uno se alejó de un grupo, cuando supo que hablaban de él. Todos le debían algo, pero pocos, acaso ninguno, sabía lo que ese algo era. El Delta, en verdad, vivía para Eugenio Angarita: hablaba de sus andanzas, reales o inventadas, en las que había degollado y hasta violado; comentaba la muerte,

[40] Ver, si es posible, 2 y 3 arriba… Sí, arriba: «Una experiencia naval de Tido Freites» y «La otra vida de Tido».

por sus armas, de alguien que acaso fue su hijo; relataba sus amores, tal vez ficticios; apostaba a la próxima víctima de sus querellas, aunque es posible que estas nunca existieran. Eugenio Angarita plenaba el Delta de aventuras; era la cara oculta —y deseada— de todo deltano, el hombre que todos querían ser, el ensueño máximo de toda mujer, la prenda más valiosa. Cuando llegaba, todos salían a verlo y a saludarlo, pero nadie se atrevía a entablar una conversación con él. Él era Angarita, oscuro y hermoso, como un caño que nadie ha transitado, como un barranco nunca visto.

Una noche, Angarita llegó a Tucupita; supo —o ya sabía— que pronto habría una fiesta, y en ella se presentó, con su porte de autosuficiencia y su presentido alfabeto de sangre. Cancia Bartolomé estaba en esa festa y, para envidia y temor de todos, bailó con Angarita hasta el amanecer. Itiel estaba feliz. Nunca había visto a Cancia tan entusiasmada por un hombre, y tal vez nunca Angarita estuvo tan interesado por una mujer, como en aquella noche. A veces (Itiel atenta), el hombre acercaba sus labios a un oído de Cancia: y esta reía, con una risa fresca que a todos asombraba. Nadie podía dudarlo, Eugenio Angarita y Cancia Bartolomé habían iniciado una relación, estaban, si es posible decir algo así, enamorados. Itiel sabía las consecuencias inmediatas de las risas y los susurros; sabía que ellos, tarde o temprano, esa misma noche se marcharían. Pero entonces comenzó la lluvia, aquella lluvia que no habría de parar y que inundaría el Delta hasta hacer de la plaza Bolívar, en Tucupita, una región navegable y un espectáculo magnífico para Tido Freites[41].

[41] Los archivos del Delta fueron destruidos durante la gran inundación del 43; pero aún quedan vestigios, ubicables en una rivera enmontada de caño Tucupita, del edificio prodigioso que les dio acogida: se notan acá y allá, esparcidos en largos pasillos ahora invadidos por la vegetación indecorosa, anaqueles sin pintura víctimas del óxido, hojas

Eugenio Angarita le prometió a Cancia una próxima visita para huir los dos definitivamente. Vendría a buscarla, querida Cancia, envidia de un pintor: su cabello rojizo, su boca deseable, y los dos se irían a vivir en caño Macareo. Fijaron el día para el escape: y desde entonces Cancia esperó, aunque supo que su amor había muerto ahogado en algún rebalse y que por lo tanto nunca podría venir a cumplir su promesa.

Cancia, sentada en un sillón, con el corazón lleno de gozo, a pesar de la inundación enorme, y con el amor desbordando su continente… Pero cuando el que es esperado jamás llega, por la razón que sea, otro en realidad, para bien o para mal, es el esperado y es el que llega[42].

---

sueltas ya ilegibles, trozos de memoria abandonados. Los remotos acontecimientos del Delta (y para el Delta el año 43 es ya remoto) nunca podrán dejar de ser hipotéticos.

42 *¿*Cuándo tomó la decisión…*?* Nadie lo sabe. Acaso pudo ser el día en que él le reclamó —si en realidad lo hizo— por los rumores, en que le pidió discreción, en que le recordó que él tenía un proyecto que cumplir y que sus acciones, a todas luces, hacían descreer de él, lo ponían en ridículo. Y entonces ella le contestó que nada le importaba su proyecto, que él, en realidad, era un farsante incapaz de buscar trabajo pero capaz, eso sí, de acostarse con su mejor amiga. Si él tuvo la desfachatez de hacerle eso, ¿por qué ella no podía acostarse con quien quisiera?, lo que quería decir, también, nunca más acostarse con él ni dejar que la tocara. Después… Todo fue tan frenético, tan violento, tan sanguinario, que nadie pudo intervenir. Él, que nada tenía, porque tampoco la tenía a ella, se habría de quedar para siempre sin ella. Sí, era muy parecida a la de Coporito y hasta hacía el amor como ella lo hacía, aunque sin tanto saber. Pero ella ya no lo merecía y él debía salvaguardar su reputación para las tareas que le esperaban en un futuro no tan lejano. Ni con él ni con otro hombre, así de simple.

Entonces, entró en el baño donde ella estaba tomando una ducha, sacó el cuchillo que llevaba escondido bajo la camisa y comenzó a destrozar aquel hermoso cuerpo. Con cada cuchillada que daba, sentía el dolor de romper las carnes en el fondo más preciadas, ya que hablar de amor sería un exceso. Ella gritó, mientras pudo gritar, que no fue por mucho tiempo. Sus manos interceptaban el cuchillo, sus manos destrozadas, sus manos cuyos rastros de sangre cubrían el piso, las paredes, la puerta del baño. Lo último que escucharon fueron gemidos, tal vez de ella, tal vez de él, acaso de los dos. El hombre salió como un animal del baño y de la casa. Corrió hacia el río, hacia el Manamo sin límites, se embarcó en su curiara y desapareció quizás para siempre.

9

Elogio de la danza[43]

La vida es la danza. Cancia Bartolomé está en el malecón y observa una curiara que se acerca. Un hombre que viene en ella, Tido Freites, lleva sombrero y advierte pronto las formas de la mujer, la perfecta simetría de sus piernas, el gusto por los hombres dibujado en el cuerpo. Ella lleva su mano derecha hacia la frente, para formar una visera y taparse del sol. Tido se pone de pie en la curiara, para verla mejor. Ella no puede evitar dirigir la mirada hacia la bragueta. ¿La tendrá hacia arriba? En sus labios se nota el placer. Tido recuerda otro cuerpo, mientras anuda la curiara al malecón. Aun a esta distancia, es demasiado parecido al de la otra, la de la casa en caño Macareo. Solo que este cuerpo parece ser muchísimo más joven y acaso más bello. Ella se mueve lentamente, casi se diría que está a punto de iniciar una danza. Él la sigue con la mirada y comienza a repetir, sin darse cuenta, los movimientos de la mujer.

Elogio a Tido Freites, su vida solitaria y errabunda, su cambio intempestivo, su gusto por la vida, aun su irreflexión final. Elogio a Cancia Bartolomé, su dolor permanente, su

[43] La obra homónima de Leo Brouwer es perfecta para este final. Escúchenla muchas veces, muchas veces y piensen en ellos.

ansia de placer, su hermoso cuerpo, su gemido de muerte. La danza es la vida y puede ser la muerte. Cancia y Tido danzaron a la vida y también a la muerte. La danza es un elogio. Elogio de la vida. Elogio de la muerte. Elogio de sí misma.

Cerco referencial

AA. VV. (1994). *Nuestros griegos y sus modernos. Estrategias contemporáneas de apropiación de la antigüedad*, textos reunidos por Bárbara Cassin, Buenos Aires, Ediciones Manantial.

Acosta, Vladimir *et al.* (1993). *Diosas, musas y mujeres*, Caracas, Monte Ávila Editores.

Berger, René (1976). *El conocimiento de la pintura*, 2.ª ed., Barcelona (Esp.), Noguer, 3 t.

Bernabé, Alberto (ed.) (1989). *De Tales a Demócrito: Fragmentos presocráticos*, Madrid, Alianza Editorial.

Blom, Eric (1958). *Diccionario de la música*, Buenos Aires, Claridad, S. A.

Cavafis (1978). *Cien poemas*, selección, traducción y notas de Francisco Rivera, Caracas, Monte Ávila Editores.

Campbell, Joseph (1959). *El héroe de las mil caras*, México, Fondo de Cultura Económica.

Colón, Cristóbal (1882). *Cartas que escribió sobre el descubrimiento de América y testamento que hizo a su muerte*, Veracruz, Librería La Ilustración.

_____ (1971). *Diarios de viajes*, Caracas, Ediciones Culturales INCE, n.º 9.

_____ (1982). *Textos y documentos completos*, prólogo y notas de Consuelo Varela, Madrid, Alianza.

Cornford, Francis M. (1989). *Platón y Parménides*, Madrid, Visor.

_____ (1964). *Sócrates y el pensamiento griego*, Madrid, Editorial Norte y Sur.

Dennet, Daniel (1994). *La conciencia explicada*, Barcelona (Esp.), Paidós.

_____ (1995). *La libertad de acción*, Madrid, Gedisa.

Gilson, Étienne (1989). *La filosofía en la Edad Media*, Madrid, Gredos.

Guthrie, William K. C. (1987). *Los filósofos griegos. De Tales a Aristóteles*, México, Fondo de Cultura Económica.

Heidegger, Martin (1969). *Hölderlin y la esencia de la poesía*, traducción y comentarios de Juan David García Bacca, Mérida (Ven.), Talleres Gráficos Universitarios.

Hermano Nectario, María (1946). *Geografía de Venezuela*, 7.ª ed., Caracas, Colegio La Salle.

Hume, David (1981). *Investigación sobre el conocimiento humano,* traducción, prólogo y notas de Jaime de Salas Ortueta, Madrid, Alianza.

Jaeger, Werner (1982). *La teología de los primeros filósofos griegos*, México, Fondo de Cultura Económica.

Kafka, Franz (1989). *Textos escogidos*, selección, traducción, introducción y notas de Losla Plozsti, Madrid, Siruela.

Kelley William N. (s/f). *Medicina interna*, Buenos Aires, Editorial Médica Panamericana.

Laing, Ronald D. (s/f). «Un viaje de diez días», *La política de la experiencia*, Barcelona (Esp.), Crítica.

Leibniz, Gottfried (1983). *Monadología*, Barcelona (Esp.), Ediciones Orbis, S. A.

Loiris, W. T. Gaston (1975). «La ropa íntima a través del tiempo: Usos y costumbres. Un estudio detallado», en *Journal of the History of Sexuality*, n.º 6, pp. 173 ss.

Merleau-Ponty, Maurice (1977). *Sentido y sinsentido*, prólogo de Fernando Montero, Barcelona (Esp.), Ediciones Península.
Marcovich, Miroslav (ed.) (1968). *Heraclitus. Editio Minor. Texto griego y versión castellana*, traducción de M. Marcovich, Mérida (Ven.), Talleres Gráficos Universitarios en Mérida.
Nijinsky, Vaslav (1985). *Diario de Nijinsky* (*Fragmentos*), traducción de Rafael Cadenas, Caracas, Fundarte, col. Breves, n.º 33.
Nuño, Juan A. (1963). *El pensamiento de Platón*, Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela.
Nussbaum, Martha (1997). *Justicia poética*, Barcelona (Esp.), Editorial Andrés Bello.
_____ *et al*. (1997). *Cosmopolitas o patriotas*, México, Fondo de Cultura Económica.
Orellana, Rudolf de (1848). «En busca de las dos fronteras», *Los nexos escondidos de la poligamia*, Londres, Ediciones Delta.
Pardo, Isaac J. (1985). *Esta tierra de gracia*, Caracas, Monte Ávila Editores.
Parra, Juan José (1929). *Geografía de Venezuela. Curso elemental*, Caracas, Litografía y Tipografía Vargas.
Pérez, Mariano (1984). *Diccionario de la música y los músicos*, Madrid, Istmo, col. Fundamentos, 3 vol.
Price, H. H. (1975). *Pensamiento y experiencia*, México, Fondo de Cultura Económica.
Raglan, Lord (1971). *El templo y la casa*, Caracas, Monte Ávila Editores.
Ricoeur, Paul (1996). *Sí mismo como otro*, México, Siglo Veintiuno Editores.
Rísquez, Fernando (1983). *Aproximación a la feminidad*, Caracas, Monte Ávila Editores.

Rorty, Richard (1991). *Contingencia*, *ironía y solidaridad*, Barcelona (Esp.), Ediciones Paidós.
Virey, J. J. (1835). *Historia Natural del Jénero Humano*, traducción de Antonio Bergnes de las Casas, Barcelona (Esp.), Imprenta de A. Bergnes.

ÍNDICE

Prólogo. *Pie de página*: una pequeña obra maestra (*Sael Ibáñez*) 7

1. De algunos problemas relacionados con el inicio 17

2. Una experiencia naval de Tido Freites 23

3. La otra vida de Tido 33

4. Cancia sale del río 45

5. Mudolo 59

6. Recuerdos, construcción 67

7. Clavellina, en el día, huele a mango 75

8. Ella, en Tucupita 85

9. Elogio de la danza 97

Cerco referencial 99

Pie de página
se imprimió en el mes de noviembre de 2026
en Caracas,Venezuela.

• Colección Continentes •

Concebida originalmente para recoger la mejor producción narrativa venezolana y latinoamericana de todos los tiempos, Continentes se ha ampliado para incluir también la obra de los narradores más representativos de otras regiones del mundo.

• Otros títulos publicados en esta colección •

Cuentos completos
Gustavo Díaz Solís

No todos los cíclopes nacen ciegos
Sol Linares

El mar que me regalas
Jorge Rodríguez Gómez

Conspiración en el mercado
Cósimo Mandrillo

El simulacro de los espejos
Vicente Baptista

La galera de Tiberio
Enrique Bernardo Núñez



· Colección Continentes ·

«Mata, siempre fiel a su destino borgiano, ha evitado con inusitada insistencia la novela, y le resultó escribir *Pie de página*, que es una novela, a pesar de que sobre la misma dice que son cuentos, donde la historia global la conforma una suerte de relato policial que debe ser completado por el lector. […] Un libro que se desliza en múltiples desviaciones, cual si se tratara de un delta; desvíos y afluencias entre el texto principal y numerosas notas, que al final serán uno y el mismo desarrollo narrativo, una redonda historia hilada a la perfección… *Pie de página* explora una particular manera de reflexión sobre la literatura, al hacerlo desde el borde de la literatura. ¿Qué significa esto exactamente? Significa que existe la concreción de un ansia de diálogo entre dos potencialidades: racionalismo y ficción».

SAEL IBÁÑEZ

9 789800 127117

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

República Bolivariana de Venezuela
Ministerio del Poder Popular para la
CULTURA

www.mincultura.gob.ve @mincultura_ve